DEL “TRAUMA DE LA LITERATURA” AL “RELATO DEL TRAUMA”:
(CON)FIGURACIONES DE LA VERGÜENZA EN LOS RELATOS SOBRE LA
PRESENCIA MILITAR NORTEAMERICANA EN PUERTO RICO¹

POR

JUAN CARLOS RODRIGUEZ
Georgia Institute of Technology

a Cynthia Román Hernández, por el apoyo que
brinda en el Hospital de Veteranos de Puerto Rico
a los boricuas que regresan de tantas guerras

a Frances, Yolanda, Chuco y Jossianna, por haber
compartido generosamente sus ideas conmigo

INTRODUCCIÓN: NO TODOS LOS BOCHORNOS SON IGUALES

En su libro *Colonial Subjects: Puerto Ricans in a Global Perspective*, Ramón Grosfoguel ofrece un modelo para explicar los modos de incorporación de Puerto Rico al sistema político y económico de los Estados Unidos durante el siglo xx, un modelo articulado por “intereses económicos, militares y simbólicos de Estados Unidos” que fueron creando “diferentes contextos históricos”:

Un periodo de capitalismo agrario en el que dominaron los intereses militares norteamericanos (1898-1940); un periodo de industrialización basado en la intensificación laboral y orientado a la exportación, en el que dominaron los intereses simbólicos del Departamento de Estado (1950-70); un periodo de industrialización basado en la intensificación del capital y orientado a la exportación, en el que tanto

¹ Un motivo afectivo inspira este trabajo: en los últimos años, me he familiarizado con las luchas de los veteranos boricuas que han participado en las guerras del Ejército de los Estados Unidos pues mi esposa, a quien dedico este ensayo, es trabajadora social en el Hospital de Veteranos de Puerto Rico. También este trabajo está inspirado en una serie de conversaciones que tuve con un destacado grupo de intelectuales puertorriqueños en el año académico 2007-2008, como parte del “Global Hispanism Workshop,” un taller realizado en Rice University que tuve el placer de coordinar con la Profesora Beatriz González-Stepan. Es por ello que también dedico este trabajo a Frances Negrón-Muntaner, Yolanda Martínez San Miguel, Ángel “Chuco” Quintero Rivera y Jossianna Arroyo, en agradecimiento por su participación en la versión caribeña del “Global Hispanism Workshop,” que operó bajo la consigna “Transnational Caribbean Cultures.”

corporaciones transnacionales como intereses militares compartieron la posición dominante (1973-90); una época en que los intereses económicos dominan los intereses geopolíticos, reduciéndose significativamente la importancia estratégica de la isla (1991-?).² (Traducción nuestra)

La periodización propuesta por Grosfoguel pone en diálogo dos tendencias en el campo de la historia de Puerto Rico que buscan explicar el proceso colonial de la isla durante el siglo xx, la historia económica y la historia militar. El autor complementa estas perspectivas con un estudio del impacto de la política pública norteamericana (concesiones económicas y políticas) en la historia de Puerto Rico. Sin embargo, Grosfoguel no se detiene a estudiar el impacto de los intereses económicos, militares y simbólicos en la producción cultural puertorriqueña del siglo 20. El impacto cultural de los modos de incorporación económica y simbólica de Puerto Rico a los Estados Unidos ha sido estudiada a través de varias perspectivas que resaltan el rol de la migración y el consumo en la cultura puertorriqueña de la isla y la diáspora.³ Faltaría estudiar el impacto cultural de los modos de incorporación de Puerto Rico al sistema militar y de seguridad norteamericano.⁴

Para ello, es necesario modificar la periodización de la historia de Puerto Rico propuesta por Grosfoguel, quien señala que “los intereses militares norteamericanos dominaron en Puerto Rico desde el 1898 hasta el 1945” (*Colonial Subjects*, 46). Es cierto que la invasión norteamericana de Puerto Rico en 1898 respondió a intereses geopolíticos, pero la presencia militar norteamericana en Puerto Rico a lo largo del siglo xx no puede explicarse exclusivamente en relación a intereses territoriales y estratégicos. La presencia militar norteamericana en la isla obedece en sí misma a intereses económicos, simbólicos y biopolíticos en relevo con intereses geopolíticos y estratégicos. Un ejemplo de ello es la primera participación masiva de los puertorriqueños en un conflicto bélico norteamericano, la Guerra de Corea de 1950, que si bien respondió a intereses simbólicos norteamericanos en el contexto de la Guerra Fría (la incorporación de la minoría puertorriqueña en la defensa planetaria de la “libertad” y la “democracia”)—siguiendo aquí la periodización de Grosfoguel—, no

² Véase Grosfoguel (47-48).

³ La cultura de la migración puertorriqueña ha sido estudiada por Flores en sus libros *Divided Border* y *From Bomba to Hip Hop*, por Duany y por Martínez San Miguel. El impacto del consumo en la cultura puertorriqueña ha sido estudiado por Dávila, Negrón-Muntaner, Ortiz Negrón y Guilbe López, y por Álvarez Curbelo en el ensayo “El centro de todo: consumo, arquitectura, ciudad” (226-275). El análisis cultural de la salsa, conocido género musical caribeño, combina el estudio del consumo y la migración. Véanse Quintero Rivera, Quintero Herencia y Otero Garabís.

⁴ Para la historia del militarismo norteamericano en Puerto Rico, véase el libro de Estados Font y el de Rodríguez Beruff. También recomiendo los siguientes estudios que dan un giro caribeño al militarismo norteamericano, de García Muñiz y Rodríguez Beruff, eds., *Fronteras en conflicto* y de García Muñiz y Vega Rodríguez, *La ayuda militar como negocio*.

dejó de plantear una mutación de los intereses militares norteamericanos en la isla. Lo que atrajo al alto mando militar norteamericano, en el periodo de fundación del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, ya no fue la posición estratégica de Puerto Rico sino la militarización de su población.⁵ El interés geopolítico de los militares norteamericanos hacia Puerto Rico, en las décadas que van de la guerra de Corea a la de Vietnam (1950-70), fue transformándose en un interés biopolítico en favor de la militarización de la población de la isla, a ser activada en tiempos de guerra.⁶ La consolidación de los intereses biopolíticos del ejército norteamericano en la sociedad puertorriqueña coincidió con un desplazamiento de los intereses geopolíticos de la isla de Puerto Rico a las islas de Vieques y Culebra.⁷ La expansión del complejo militar-industrial norteamericano en las islas de Vieques y Culebra generó grandes beneficios económicos a los Estados Unidos, pero también generó tensiones entre los militares y la población civil, culminando con el cierre de operaciones en Culebra en 1978 y en Vieques en 2003.

Una forma de estudiar el impacto cultural de los modos de incorporación de Puerto Rico al sistema militar norteamericano sería a través del análisis de las representaciones de las fuerzas federales norteamericanas en la producción cultural de Puerto Rico y su diáspora.⁸ ¿Qué rol juegan las fuerzas federales

⁵ Díaz Quiñones ha discutido este proceso muy claramente en su libro *La memoria rota* y en su más reciente libro titulado *Sobre los principios: Los intelectuales caribeños y la tradición*. “Pero el Estado Libre Asociado nació bajo sospecha. El momento en que fue creado tiene tanta importancia como los rasgos que se le imprimieron desde el principio. El contexto más amplio era la Guerra Fría, la nueva tecnología armamentista y también la Guerra de Corea (1950-1953), en la que los puertorriqueños tomaron parte como miembros de las fuerzas armadas estadounidenses. De hecho, en la década de 1950 se había multiplicado el número de veteranos en la sociedad puertorriqueña y muchos ocupaban cargos en el sistema educativo y en la educación. El militarismo fue la pieza clave de la modernización puertorriqueña. El poderío de los Estados Unidos se demostraba por la escenificación permanente de lo militar, como atestiguan las operaciones en las bases aéreas, militares y navales durante esos años” (398). También recomendando los ensayos sobre la participación puertorriqueña en la Guerra de Corea de Álvarez Curbelo: “Las lecciones de la guerra: Luis Muñoz Marín y la Segunda Guerra Mundial” (31-63); “La bandera en la colina: Luis Muñoz Marín en los tiempos de la guerra de Corea” (1-20); y su reseña del documental *The Borinqueneers: a Documentary on the All-Puerto Rican 65th Infantry Regiment* (dir. Noemi Figueroa Soulet, 2006) titulada “Sangre colonial: La Guerra de Corea y los soldados puertorriqueños” (18-23).

⁶ El concepto de biopolítica, entendido como “la administración de la vida de las poblaciones”, ha sido desarrollado por Foucault (220-223). Para un análisis de la sociedad puertorriqueña inspirado en este concepto, véase nuestro trabajo “Mutaciones del ciudadano insano: construcción biopolítica del miedo en los procesos de comunicación urbana” (395-419).

⁷ El desarrollo de facilidades militares en Vieques y Culebra ha sido estudiada por Humberto García Muñiz en su ensayo “U.S. Military Installations in Puerto Rico” (53-65).

⁸ Así como los puertorriqueños han elaborado por años representaciones de las fuerzas federales norteamericanas en sus producciones culturales, las fuerzas federales –particularmente el FBI (Federal Bureau of Investigations)– en su empeño por vigilar y perseguir a los puertorriqueños

norteamericanas en la cultura puertorriqueña? ¿Cómo se inscriben las fuerzas federales norteamericanas en las producciones culturales de la isla y de la diáspora? ¿Cómo se inscriben los sujetos coloniales puertorriqueños ante las fuerzas federales norteamericanas? Estas preguntas sugieren el estudio de aquellos relatos sobre encuentros y desencuentros de los sujetos coloniales puertorriqueños con las fuerzas federales norteamericanas. Plantear el estudio de la representación y el impacto de las fuerzas federales norteamericanas en la producción cultural de Puerto Rico y analizar las inscripciones de los sujetos coloniales puertorriqueños que se suman o se enfrentan a estas fuerzas, implicaría la delimitación de una serie de campos discursivos. Dichos campos no necesariamente coincidirían con la compleja red de instituciones federales que han operado en la isla. Cuando me refiero a las fuerzas federales, apunto específicamente a dos tipos de fuerza: la fuerza militar y la fuerza de ley impuesta por el dominio colonial norteamericano en Puerto Rico. Aunque reconozco otras consideraciones importantes como, por ejemplo, el impacto económico de las agencias federales en el desarrollo de la cultura⁹ y de la tecno-ciencia en Puerto Rico, me interesa enfatizar el impacto político y cultural de las fuerzas federales norteamericanas en la constitución de sujetos coloniales puertorriqueños cuyas representaciones están cruzadas por varios campos discursivos. Tanto la inscripción del sujeto colonial puertorriqueño en sus representaciones de

involucrados en la lucha anticolonial, también han desarrollado múltiples representaciones de los puertorriqueños en sus documentos. Estas representaciones han atraído la atención de un grupo de académicos boricuas, algunos afiliados a la Comisión de Derechos Civiles o al Centro de Estudios Puertorriqueños del Hunter College de CUNY (City University of New York), que se han interesado en el estudio de las violaciones de derechos humanos contra puertorriqueños por parte del gobierno de los Estados Unidos. Ese interés fue captado por el Congresista puertorriqueño José Serrano, quien en el año 2000, tuvo la oportunidad de demandar al entonces director del FBI, Louis J. Freeh, que entregara los documentos clasificados y no clasificados asociados a la persecución del FBI contra el movimiento independentista en el siglo xx. Según comenta el propio congresista Serrano en su prefacio al libro *Puerto Rico Under Colonial Rule*: “I was pleased by the fact that the FBI understood the need to begin a process to let the hidden historical facts come to light. More than 140,000 pages of documents have been released since March 2000. A full set of those documents is being delivered to the Center for Puerto Rican Studies (Hunter College, City University of New York). The documents are being prepared at the center to eventually make them available for use by students, researchers and the general public” (xii). Espero que, en un futuro no muy lejano, puedan estudiarse las representaciones culturales puertorriqueñas de las fuerzas federales norteamericanas en contrapunto con los documentos del FBI. Imaginamos que en estos documentos de vigilancia policiaca y espionaje también el FBI habrá construido representaciones culturales de los puertorriqueños.

⁹ En su ensayo “Visualizaciones de la identidad nacional desde la migración”, Martínez San Miguel estudia el caso de dos artistas, padre e hijo, que han desarrollado parte de su trabajo sobre Puerto Rico y los Estados Unidos bajo la tutela de las agencias federales. Martínez San Miguel sugiere que en las publicaciones de ambos fotógrafos se observa: “la condición de los relatores como funcionarios gubernamentales” (*Caribe Two Ways* 98).

las fuerzas federales norteamericanas como el impacto de las fuerzas federales en la producción cultural de Puerto Rico y su diáspora nos invitan a repensar varias relaciones entre distintos campos discursivos:

1) la relación entre la guerra y la cultura planteada por las narraciones del 98 –desde *La llegada* (1980) de José Luis González, y *Seva* (1983) de Luis López Nieves, hasta la novela gráfica *Cuadernos 1898* (2003) y el documental *Seva vive* (2008)–; las representaciones de la guerra de Corea –desde los cuentos escritos en la década del 1950 por Emilio Díaz Valcárcel¹⁰ y José Luis González sobre reclutas, soldados y veteranos puertorriqueños del ejército de Estados Unidos hasta el documental *The Borinqueneers* (2006)–; y la noción de “guerra simbólica” articulada en varios ensayos de Arcadio Díaz Quiñones.¹¹

2) las relación entre los espacios militares y la cultura planteada por las representaciones de la lucha del pueblo de Vieques contra la presencia militar norteamericana –desde la novela *Usmaíl* (1959) de Pedro Juan Soto hasta las más recientes manifestaciones culturales surgidas durante el periodo de la salida de la marina de Vieques (1999-2003).

3) la relación entre la cultura, la guerra y el poder jurídico planteada por la comparecencia de sujetos puertorriqueños ante la corte federal, que puede asociarse tanto a la lucha anticolonial del líder nacionalista Pedro Albizu Campos (1936)¹² y de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (1977-1981),¹³ como a los casos de Carlos Irizarry¹⁴ (1976 y 1979) y a los

¹⁰ Véanse los siguientes cuentos: “El sapo en el espejo” del libro *El asedio* (México 1958), incluido en la colección de Díaz Valcárcel, *Cuentos Completos* (81-87); y “Proceso en diciembre” del libro *Proceso en diciembre* (Madrid 1963), también incluido en *Cuentos completos* (91-126).

¹¹ Díaz Quiñones desarrolla esta noción, que discutiré más adelante, en su ensayo “El 98: la guerra simbólica”, que forma parte de su libro *El Arete de Bregar* (210-227). El autor retorna a esta noción en su más reciente libro, *Sobre los principios*, 52.

¹² Los estudios sobre el caso federal contra Pedro Albizu Campos incluyen el libro de Torres, el ensayo de Rodríguez Fraticelli (121-138); y el ensayo de Rodríguez también publicado en *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*, 215-226. Recomiendo así mismo la consulta de los libros de Acosta-Lespier relativos al caso contra Albizu Campos que se llevó a cabo en Puerto Rico en la década de 1950, *La Mordaza: Puerto Rico 1948-1957* y *La palabra como delito. Los discursos por los que condenaron a Pedro Albizu Campos*.

¹³ Para un recuento de las estrategias jurídicas de las FALN, véase el ensayo de la licenciada Susler (119-138); y de Gil (228-245).

¹⁴ Los casos federales contra el artista Carlos Irizarry han sido cubiertos por la prensa puertorriqueña en varias ocasiones. Dicha cobertura está disponible en la Colección de las Artes de la Biblioteca José M. Lázaro en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, en una carpeta que recoge las críticas a la obra de Carlos Irizarry. Además, véanse los ensayos en que Marimar Benítez discute la estrategia legal de la defensa en los casos federales contra Irizarry, que consistiera en

“Cuadernos de la corte,” una serie de “crónicas gráfico-periodísticas de [Antonio] Martorell en El Mundo sobre el proceso que se llevó en el Tribunal de Estados Unidos en Puerto Rico contra Filiberto Ojeda Ríos”.¹⁵

4) la relación entre la prisión federal y la producción cultural planteada por los ensayos, cuadernos y obras de arte de Elizam Escobar y otros presos políticos puertorriqueños.¹⁶

5) la relación entre el asesinato político, el saber forense, el duelo y la cultura, un asunto que puede estudiarse partiendo de las respuestas al asesinato de Filiberto Ojeda Ríos en 2005.¹⁷

Esta “constelación saturada de tensiones” –haciendo eco de las palabras de Benjamin– invita a un amplio estudio que excede los límites de este ensayo.¹⁸ Podemos adelantar que dicho estudio no culminaría en una teoría general de la cultura nacional puertorriqueña y su situación colonial. Por el contrario, dicho estudio abriría la posibilidad de analizar una serie de intersticios dispersos de la modernidad colonial puertorriqueña que, dada su singularidad o marginalidad en relación a las narrativas dominantes del proceso de modernización, han quedado fuera de la consideración de la crítica cultural. En este ensayo me limitaré a estudiar la relación entre la cultura y la guerra a través de un análisis comparativo de las representaciones literarias del 98, la Guerra de Corea y la presencia militar en Vieques.

Propongo el estudio de las representaciones literarias de los modos de incorporación de Puerto Rico al sistema militar y de seguridad norteamericano y parto de la siguiente premisa: la fijación interpretativa con los eventos del 1898, con la llegada a la isla de fuerzas militares norteamericanas, bloquea la posibilidad de vislumbrar críticamente otras formas en que la literatura puertorriqueña ha

interpretar las amenazas del artista contra los presidentes de Estados Unidos Gerald Ford y Jimmy Carter como piezas de arte conceptual: “Neurotic Imperatives” (74-85); y “Arte y política” (86-90). Ni los casos contra Carlos Irizarry ni las respuestas provocadas por sus obras de arte conceptual han sido estudiadas en profundidad. Pero la idea del arte conceptual como defensa legal tiene los méritos para ser analizada dentro del marco de las discusiones suscitadas después del 9-11, entre ellas, la serie de recientes reflexiones sobre el arte y el terror. Véanse *Art in the Age of Terrorism*, Coulter-Smith y Owen; el libro de Leyte; y de Lentricchia y McAuliffe.

¹⁵ Véase Díaz-Royo (25).

¹⁶ Véanse de Escobar, *Los ensayos del artificio*; *Cuadernos de cárcel* y de José Meléndez, *Dobles de Elizam Escobar*. También consúltese el catálogo de la exhibición itinerante de obras de Oscar López Rivera y Carlos Alberto Torres, titulado *Sin espacio suficiente*. Además, consúltese el libro sobre los prisioneros políticos puertorriqueños de José (Ché) Paratitici.

¹⁷ Aparte de la cobertura noticiosa del asesinato de Ojeda Ríos, sería interesante estudiar el impacto y la circulación de la canción y video musical “Querido FBI,” canción escrita e interpretada por el cantante de reggaeton Calle 13.

¹⁸ Véase Benjamin, “Tesis de filosofía de la historia” (190).

representado los efectos de la presencia militar norteamericana en la sociedad puertorriqueña, entre otros, la participación de los puertorriqueños en el ejército norteamericano y el choque de civiles y militares producto del establecimiento de instalaciones militares norteamericanas en la isla. El objetivo de esta re-lectura consiste en establecer una serie de semejanzas y contrastes que nos permitan entender la especificidad de las representaciones literarias de la presencia militar norteamericana en Puerto Rico. Estas representaciones incluyen 3 tipos de relatos: las narraciones de la invasión del 98, los cuentos sobre la participación boricua en el Ejército de los Estados Unidos y los relatos sobre el choque de militares y civiles provocado por el establecimiento de facilidades militares norteamericanas en suelo puertorriqueño.

Repensar la relación entre la guerra y la cultura en el contexto de la literatura puertorriqueña plantea la posibilidad de incursionar en el archivo literario para desestabilizar los imaginarios y debates culturales en torno al 1898.¹⁹ Es por ello que me interesa re-leer algunos relatos sobre reclutas, soldados y veteranos puertorriqueños del Ejército de los Estados Unidos escritos en los años 50, re-leerlos en diálogo con algunas problemáticas planteadas en el debate en torno al 98, particularmente los acercamientos a la noción “trauma” elaborados por Frances Negrón-Muntaner en *Boricua Pop* y por Rubén Ríos Ávila en *La raza cómica: del sujeto en Puerto Rico*. Después de discutir la constelación discursiva del 98 y analizar algunos relatos sobre reclutas, soldados y veteranos puertorriqueños del Ejército de los Estados Unidos, culminaré con una re-lectura de *Usmaíl*, novela de Pedro Juan Soto que en el 2009 cumple 50 años de publicada. *Usmaíl* narra el choque de civiles puertorriqueños y militares norteamericanos en la isla de Vieques, una isla transformada casi en su totalidad en base militar para el año 1941. Tanto *Usmaíl* como los relatos sobre reclutas, soldados y veteranos puertorriqueños del Ejército de los Estados Unidos re-elaboran la narración de la nación desde sus márgenes. Estas narraciones representan el choque de las fuerzas militares norteamericanas con los habitantes de Puerto Rico al margen del metarelato fundacional del 98.

¹⁹ Para una interpretación histórica de los eventos del 98, consúltese Picó; *Cien años de Sociedad: los 98 del Gran Caribe*; y *Los últimos días del comienzo: Ensayos Sobre la Guerra Hispano-Cubana-Estadounidense*. Pero el debate en torno a la relevancia actual de los eventos del 98 en la vida intelectual puertorriqueña está asociado a las posiciones de Arcadio Díaz Quiñones, Frances Negrón-Muntaner, Carlos Pabón y Rubén Ríos Ávila. Véanse de Díaz Quiñones los siguientes ensayos: “Repensar el 98”, “Stephen Crane: la sospecha del imperio” y “El 98: la guerra simbólica”, publicados en *El Arte de Bregar*, de Negrón-Muntaner, “1898: The Trauma of Literature, the Shame of Identity” en *Boricua Pop*; de Ríos Ávila, los ensayos de la primera sección de su libro *La raza cómica: del sujeto en Puerto Rico*, titulada “La historia de la historia”; y de Pabón, los ensayos “Futuro anterior: el 98 y la épica añorada” y “Olvidar el 98”, ambos en *Nación Postmortem: Ensayos sobre los tiempos de insostenible ambigüedad*.

Aunque los textos literarios que analizo elaboran figuraciones de la vergüenza, y en eso mi estudio está en deuda con el trabajo de Frances Negrón-Muntaner,²⁰ en este ensayo concluyo que, al menos en lo referente a la literatura puertorriqueña, no todos los bochornos son iguales, no todos los bochornos parten del metarelato del 98. Las figuraciones literarias de la vergüenza sugieren causas históricas distintas y diversos registros de lectura que deben ser considerados al momento de re-leer la constitución de la identidad puertorriqueña desde uno de sus tropos constitutivos: la manifestación del bochorno colonial.

FICCIONES E INTERPRETACIONES DEL 98: DE *SEVA* Y *LA LLEGADA A SEVA VIVE*

La primera fuerza federal norteamericana que llegó a Puerto Rico fue el ejército de los Estados Unidos. El primer contacto de los habitantes de Puerto Rico con las fuerzas federales norteamericanas fue uno de carácter militar, aunque el mismo no se convirtiera en un enfrentamiento armado generalizado. La llegada de las fuerzas militares norteamericanas a la isla en 1898 no produjo una resistencia armada por parte de los puertorriqueños, que prefirieron colaborar con las fuerzas invasoras en vez de combatirlos.²¹ En el caso de Puerto Rico, lo que sí produjo el 98 fue una guerra simbólica. En su ensayo “El 98: la guerra simbólica” Arcadio Díaz Quiñones ofrece un recorrido por el laberinto de informaciones e imágenes fotográficas que conforman el archivo imperial de la guerra hispanoamericana.²² El autor concluye

²⁰ En su libro *Boricua Pop*, Negrón-Muntaner propone una innovadora y muy útil línea de análisis de la cultura puertorriqueña: “la moderna identidad étnica y nacional puertorriqueña ha sido históricamente narrada ... por tropos de bochorno y manifestaciones de orgullo” (xiii). (Todas las traducciones al texto de Negrón-Muntaner son nuestras).

²¹ La colaboración de los puertorriqueños con las fuerzas norteamericanas coincidió con un rechazo al orden colonial español, que se había establecido en la isla desde 1508 y que para el 1898, a casi un siglo de las guerras de independencia en Hispanoamérica, ya había agotado los recursos de su legitimidad. Pero la reacción puertorriqueña a la Guerra Hispanoamericana entre Estados Unidos y España tiene raíces más profundas. En su libro *1898: La guerra después de la guerra*, Picó comenta lo siguiente: “Interpretar en términos de lealtades y sentimientos las adhesiones puertorriqueñas a los Estados Unidos y el rechazo de España en el 1898 sería quedarse a flor de tierra. Los jóvenes profesionales educados en los Estados Unidos y Europa, los comerciantes y terratenientes criollos más impacientes con el régimen político, y aquellos sectores populares en conflictos laborales y sociales con los sectores dirigentes tenían razones distintas para desear un cambio en el orden político. Pero la coyuntura los reunió y compartieron el gesto de bienvenida a los norteamericanos y el ademán de rechazo a los españoles” (78-9).

²² Díaz Quiñones señala lo siguiente: “es evidente que la contienda entre imperios requería gran energía para la producción simbólica destinada a consolidar el control efectivo de los territorios y a satisfacer la avidez de información y la imaginación de los lectores ... Por eso, tanto en España como en los Estados Unidos en torno al 98 se libraron guerras de palabras, de fotografías, de caricaturas, de proclamas militares, de relatos de viajeros y corresponsales asalariados que acompañaban las tropas y jugaban con la historia y la fábula [...] Ese combate simbólico ... fue decisivo” (*El Arte de Bregar* 213).

que “la guerra simbólica empezó en torno a 1898, pero no ha cesado aún” (*El Arte de Bregar*, 227). ¿Cuál ha sido el alcance de esa “guerra simbólica” que “empezó en torno a 1898”? ¿De qué forma la guerra simbólica se refiere exclusivamente a los eventos del 98 o los desborda? Tal vez una vertiente de esa “guerra simbólica” que “no ha cesado aún” sean las ficciones del 98, publicadas en la década de 1980, que narran la invasión norteamericana de Puerto Rico: *Seva: Historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo 1898*, de Luis López Nieves, y *La llegada (Crónica con ficción)*, de José Luis González.

Aunque la invasión del 98 no produjo enfrentamientos, la llegada de las fuerzas militares norteamericanas a Puerto Rico fue inscrita en el imaginario literario puertorriqueño como una suerte de trauma; o en palabras del historiador literario Francisco Manrique Cabrera: “el violento desgarré histórico consumado sin la intervención nuestra”.²³ En su libro *Boricua Pop: Puerto Ricans and the Latinization of American Culture*, Frances Negrón-Muntaner plantea que el 98 de la literatura puertorriqueña ha dado paso a la ficción de una identidad traumatizada por la invasión norteamericana, un relato que no coincide con “el hecho de que al momento de la invasión misma no hubo trauma” (35). La autora plantea que la identidad nacional puertorriqueña está fundada en la vergüenza y el bochorno de la élite criolla “blanca”.²⁴ Para manejar el trauma de no haber luchado contra las fuerzas norteamericanas y para sacudirse de encima el bochorno de compartir, ante la mirada imperial, la misma identidad racializada de los grupos subalternos considerados “no blancos”, la élite criolla blanca “se representa a sí misma como un grupo local hegemónico” con la facultad para “explicar la historia de Puerto Rico después del 1898 como la historia de un trauma” (*Boricua Pop* 35). *Seva*, de Luis López Nieves, y *La llegada*, de José Luis González, ambas ficciones de la invasión norteamericana de la isla, asumen de manera distinta el “trauma de la literatura” con el 98 y el “bochorno” constitutivo de la identidad nacional puertorriqueña.

Seva es un cuento que narra el “descubrimiento histórico” del Dr. Victor Cabañas: la crónica de un pueblo al este de Puerto Rico que alegadamente resistiera la invasión norteamericana y luego fuera destruido por el General Miles. El Dr.

²³ Véase Manrique Cabrera (160).

²⁴ Negrón-Muntaner sostiene que la constitución de la identidad nacional puertorriqueña a través de los tropos del bochorno y la vergüenza precede a la llegada norteamericana a la isla. Tiene sus raíces en las discusiones de finales del siglo XIX sobre el destino político de Puerto Rico dentro del imperio español, en las que se consideraba a la isla como un problema secundario frente al interés español por la isla de Cuba. Con la colonización norteamericana de Puerto Rico se añaden otros dos focos de bochorno que suplementan el bochorno inaugural de la identidad puertorriqueña causado por el menosprecio español de la isla: la invasión norteamericana de 1898 y la migración masiva de sectores pobres de la población de Puerto Rico a los Estados Unidos en las décadas de 1940 y 1950. Véase “Weighing in Theory: Puerto Ricans and American Culture” en *Boricua Pop* 3-32.

Victor Cabañas desaparece tras haberle confiado los hallazgos de su investigación a Luis López Nieves, autor de *Seva*. Antes de desaparecer, el Dr. Cabañas le declara a López Nieves su temor de ser perseguido y asesinado en la Base Roosevelt Roads de Ceiba, a donde se dirigiría con el motivo de resolver el misterio de Seva: “corro el riesgo de que se me acuse de espía, lo cual conlleva pena de muerte” (*Seva* 54). El cuento abre con la denuncia de la desaparición del Dr. Cabañas en una carta que López Nieves dirigiera al entonces director de la sección “En Rojo” del semanario *Claridad*, Luis Fernando Coss, y culmina con la denuncia realizada por el Dr. Cabañas en su última carta a López Nieves, en la que expresara su temor por el supuesto “arsenal nuclear secreto” albergado en la Base Roosevelt Roads de Ceiba (*Seva* 52). *Seva*, una obra de ficción no identificada como tal en el momento de su publicación en el semanario *Claridad* en diciembre de 1983, fue leída por muchos como evidencia histórica de la valentía y el heroísmo puertorriqueño ante las fuerzas militares norteamericanas al momento de la invasión del 98. Después de que el semanario *Claridad* revelara el carácter ficticio de la obra publicada por López Nieves unos se sintieron engañados y ofendidos, otros continuaron buscando al Dr. Cabañas, pero muchos siguieron creyendo que *Seva* constituía un hecho histórico que confirmaba el heroico espíritu de los puertorriqueños.²⁵ El suspenso creado por la desaparición del Dr. Cabañas tras haber denunciado la masacre de Seva colocó el cuento de López Nieves en el umbral del asesinato político, el encubrimiento y las teorías de la conspiración. Como han señalado muchos comentaristas, el autor de *Seva* sacó partido del ambiente de sospecha contra las versiones oficiales de la historia suscitado por el caso del Cerro Maravilla, que también generó mucha discusión en 1983. El senado investigaba el asesinato político de dos jóvenes independentistas a manos de la policía en el Cerro Maravilla y el encubrimiento de este crimen por funcionarios del gobierno pro-anexionista de Carlos Romero Barceló. Como se desprende de la estructura del relato, la desaparición del Dr. Cabañas y el encubrimiento de la masacre de Seva reproducían literariamente el trauma causado por el encubrimiento de los asesinatos del Cerro Maravilla.

Sin embargo, lo bochornoso de *Seva*, según Negrón-Muntaner, no sólo radica en el hecho de que la gente optara por creer que la obra de ficción de Luis López Nieves era una verdad histórica. Además, radica en el hecho de que la supuesta verdad histórica del heroísmo boricua tan sólo pudiera ser evidenciada por la autoridad conferida a “las palabras traducidas del alegado perpetrador” (*Boricua Pop* 42). La única evidencia del heroísmo boricua en *Seva* proviene del diario del General Miles, citado en una de las cartas que Luis López Nieves “recibiera” del historiador Victor Cabañas:

²⁵ Las reacciones provocadas por la publicación de *Seva* en 1983 han sido recogidas por Josean Ramos en su crónica “Seva: un sueño que hizo historia”, publicada en *Seva: Historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*.

Debo admitir que opusieron una resistencia feroz, organizada y heroica, digna de nuestra guerra de independencia ... Por eso he consultado a mi estado mayor y he tomado la siguiente determinación: debemos borrar todo rastro de esta oposición. (*Seva* 32-3)

Negrón-Muntaner señala que la defensa del heroísmo nacional y la identidad puertorriqueña propuesta en *Seva* es de por sí bochornosa dado que la misma tan sólo puede documentarse desde los ojos del colonizador, desde la mirada invasora (*Boricua Pop* 42). Según Negrón-Muntaner, el autor de *Seva* busca superar el traumático bochorno causado por la carencia histórica de heroísmo, con un relato épico que al menos “desea el deseo” de luchar contra las fuerzas enemigas (40). En su intento por liberarse del traumático bochorno de no contar con un pasado heroico, Luis López Nieves queda atrapado en el mismo bochorno que busca evadir, al reinscribir el 98 como una ficción tan sólo legible desde la perspectiva invasora. Con ello, *Seva* no rompe sino que confirma y reproduce el “trauma de la literatura” desde el metarelato del 98.

A la épica de *Seva*, centrada en la lectura de los documentos del invasor, se opone el relato anti-heroico de *La llegada*, texto publicado por José Luis González en 1980, que narra, desde múltiples perspectivas sociales, la actitud de colaboración de las élites criollas puertorriqueñas para con las tropas norteamericanas que llegaron a la isla. Sobre *La llegada* (*Crónica con “ficción”*), Guillermo B. Irizarry comenta lo siguiente: “Al usar la palabra ‘llegada’ en vez de ‘invasión’ González borra la connotación de víctima que recibe el país en la interpretación independentista de la coyuntura”.²⁶ Contrario a *Seva*, *La llegada* no representa a las fuerzas militares norteamericanas como fuerzas agresoras y genocidas, sino más bien como una red burocrática que se superpone a la burocracia criolla. Con ello, *La llegada* busca desarmar el “trauma de la literatura” al desdibujar el 98 como punto de partida del trauma colonial.

Tanto *Seva* como *La llegada* provocaron un sinnúmero de reacciones interesantes en su momento, además de discusiones sobre la relación entre la historia y la ficción que continúan hasta nuestros días, lo cual confirma otro planteamiento de Negrón-Muntaner, quien ha señalado que “las narrativas sobre el ‘trauma’ del 98 son reproductivas” (*Boricua Pop* 35). En su crónica “*Seva*: un sueño que hizo historia”, Josean Ramos discute las reacciones del público provocadas por *Seva*: entre otras, un graffiti en la entrada de la Base Naval Roosevelt Roads de

²⁶ Véase Irizarry, “La reescritura del 98 en *La llegada*” en José Luis González: *El intelectual nómada* (212). También Pabón, *Nación Postmortem*, así como otros intelectuales, han desarrollado lecturas fascinantes de *La llegada*. Véanse los siguientes ensayos de Sotomayor, “Apuntes de un cronista: *La llegada*”; y de Salgado, “El entierro de González” (413-439).

Ceiba que leía “Seva vive”²⁷ y discusiones de varios intelectuales, entre ellos Juan Manuel García Passalacqua y Fernando Picó, sobre la frontera entre la historia y la literatura (*Seva* 75-87). En su documental *Seva vive*, estrenado en Puerto Rico en diciembre del 2008, Francisco Serrano aprovecha el sugerente graffiti que diera origen a la reproducción del mito creado por López Nieves para reunir a seis intelectuales que reflexionan sobre los eventos del 98: Fernando Picó, Juan Manuel García Passalacqua, Carlos Pabón, Gervasio García, José Manuel García Leduc y Estelle Irizarry. Los intelectuales entrevistados en *Seva vive* discuten los aciertos y desaciertos de *Seva* como texto literario. Además, plantean argumentos que afirman o desmontan el discurso del trauma colonial de los puertorriqueños con el 98 y la versión épica de los hechos narrada en el cuento de López Nieves. Es importante señalar que las narrativas e interpretaciones del 98 son reproductivas incluso cuando buscan desmontar el metarelato del trauma. Tanto *La llegada* como *Seva vive* así lo demuestran. Esto sugiere que tanto las batallas por consolidar una narración legítima del 98 en el campo literario (*Seva* vs. *La llegada*) como las batallas por consolidar una interpretación autorizada de las consecuencias históricas y políticas de la invasión norteamericana en Puerto Rico (Passalacqua vs. Picó²⁸ o García vs. Pabón²⁹) reproducen a su vez la guerra simbólica identificada por Arcadio Díaz Quiñones en su ensayo del 98. Podría decirse que la guerra simbólica por el monopolio de la interpretación autorizada del 98 ha expandido sus campos de fuerza: no sólo yace inscrita en los periódicos y fotografías imperiales de la época de la invasión, sino que invade las discusiones de quienes, a un siglo del evento,

²⁷ Una foto del graffiti fue publicada por el diario *El Nuevo Día* el lunes 20 de febrero de 1984 y es reproducida en la crónica de Ramos, “*Seva*: un sueño que hizo historia” (*Seva* 67).

²⁸ Este es un resumen muy apretado de la polémica de Juan Manuel García Passalacqua y Fernando Picó tal como se presenta en *Seva vive*: Passalacqua sugiere que *Seva* alcanzó a ser verdad histórica porque la gente creyó en el mito y la creencia popular en el mito hizo de éste una verdad histórica (argumento tautológico). Por el contrario, Fernando Picó sostiene que tan sólo podemos aproximarnos a la verdad histórica por la vía historiográfica, la cual permite desarmar los mitos que oscurecen la comprensión de la historia. Una polémica parecida entre Passalacqua y Picó se genera por “La Batalla de Asomante”. Passalacqua es fiel creyente de que la Guerra Hispanoamericana fue perdida por los Estados Unidos en Coamo y Aibonito, en lo que se llamó la “Batalla de Asomante”. Picó señala que “hay que ser de Coamo o Aibonito” para creer en semejante mito. Contra la visión mítica de la historia, Picó defiende la autoridad profesional del historiador. Esa defensa fue reiterada por Picó en el texto que leyera durante la presentación de *Seva vive* en el Museo de Arte de Puerto Rico.

²⁹ Este es también un resumen muy apretado de la polémica de García y Pabón tal como se presenta en *Seva vive*: Pabón propone que la historia está sujeta a procesos de ficcionalización, lo cual sugiere que el texto histórico puede desmentir la frontera entre lo ficticio y lo real. García, en pleno rechazo a la posición de Pabón, plantea que en la historia no hay lugar para la ficción, tan sólo hay lugar para la interpretación de hechos reales.

todavía buscan hacer sentido de la misma.³⁰ También podría considerarse que Díaz Quiñones ha planteado el nuevo tropo de la “guerra simbólica” para sustituir la gastada metáfora del trauma asociada al 98. Sin embargo, creo que la guerra simbólica en torno al 98, o, como diría Picó, “la guerra después de la guerra”, según se manifiesta en *Seva vive* y otros foros, plantea el retorno del trauma como una valiosa pieza del botín simbólico e interpretativo. Sin el asedio del trauma, no habría guerra simbólica en torno al 98.

Negrón-Muntaner señala que las narrativas del trauma del 98 son reproductivas porque “validan a la comunidad lastimada” (*Boricua Pop* 35). En *Seva vive* también se reproduce la narrativa del trauma que López Nieves desarrolla en *Seva*, pero de una manera ambigua. La secuencia documental de *Seva vive* es continuamente interrumpida por una secuencia de ficción que se desarrolla en la base de Roosevelt Roads en Ceiba, donde un grupo de científicos excavan el suelo de la antigua base naval con el fin de realizar una limpieza del terreno. Esta secuencia reelabora el motivo con el que culminara el cuento de López Nieves: la decisión del Dr. Cabañas de meterse en la Base Roosevelt Roads y “excavar, excavar, hasta encontrar las ruinas de Seva” (*Seva* 54). La secuencia de ficción de *Seva vive* cuenta la historia de un hombre que trabaja en la limpieza de la Base Roosevelt Roads en Ceiba y que, por medio de correos electrónico, avisa a Luis López Nieves sobre el hallazgo de una fosa común. Dicha ficción cinematográfica, centrada en un excavador de terrenos sorprendido por el hallazgo de la fosa común, reproduce los motivos del cuento y los amplía y actualiza –como veremos más adelante, de manera problemática–, pues coloca la reiteración del trauma de *Seva* en el contexto de la lucha de Vieques y de sus consecuencias: la limpieza de terrenos tras el cierre de las bases militares en Vieques y Ceiba. Igual que ocurre en el cuento, el escritor Luis López Nieves figura como el receptor del descubrimiento histórico. Pero dicho descubrimiento ya

³⁰ Es interesante considerar, en este contexto, el desplazamiento de la noción “guerra simbólica” al Caribe, cuando Arcadio Díaz Quiñones, en *Sobre los principios*, discute algunas trayectorias de la tradición intelectual caribeña que son resultado de las conexiones de la guerra y la cultura: “entre escritores se trata principalmente de guerras simbólicas. Las polémicas intelectuales desplazan la guerra y ordenan la experiencia” (52). Ese desplazamiento de la guerra al campo intelectual, que a su vez podría interpretarse como “la guerra después de la guerra”, evocando así el título del libro de Picó, resulta claro en *Seva vive*. Pero las secuelas de las guerras simbólicas no sólo atañen a los escritores, también son reproducidas por los lectores. Así pudiera explicarse el entusiasmo que ha suscitado el 98 entre los lectores de la novela gráfica *Cuadernos del 1898*, quienes en el año 2007 sostuvieron una serie de reuniones en la librería Mágica de Río Piedras en las que se discutieron temas relacionados a la representación del 98. Entre los participantes del foro provocado por *Cuadernos del 1898* en librería Mágica, también se encontraban algunos escritores, entre ellos, el historiador Fernando Picó y el sociólogo Ángel Quintero Rivera. Los foros y debates públicos creados por el interés en el 98 sugieren un contacto fluido entre capas intelectuales establecidas y emergentes.

no está representado por cartas, ni por documentos, ni por mapas, ni por testigos, ni siquiera por ruinas, como pensara el Dr. Cabañas, sino por correos electrónicos y osamentas.

¿Qué actitud y qué tono asume *Seva vive* en relación a la narrativa del genocidio y del trauma del 98 elaborada por Luis López Nieves en *Seva*? El hallazgo de la fosa común provoca una extraña respuesta del autor de *Seva* al final de la secuencia de ficción de *Seva vive*. En un correo electrónico, López Nieves declara: *Seva vive*, reiterando en la ficción cinematográfica el título de la obra inspirado en los graffitis reproducidos en 1983 después de la publicación de *Seva*. Resulta extraño que el descubrimiento de osamentas humanas en una fosa común, hallazgo típico de la criminología forense relativo a los casos de genocidio, motive una respuesta tan entusiasta de un escritor, una respuesta que afirme la vida de sus personajes de ficción. La extraña respuesta del autor ante la noticia del descubrimiento de la fosa común en la Base Roosevelt Roads podría leerse como una auto-parodización del trauma del 98 inscrito *Seva*. En vez de validar a la comunidad lastimada, el comentario de Luis López Nieves *se gufea*³¹ a la comunidad imaginada. Tanto la comunidad imaginada de *Seva* como la comunidad imaginada que surgió en respuesta a la masacre de *Seva* son objetos de la mofa de Luis López Nieves en *Seva vive*.

El final de la secuencia de ficción de *Seva vive* también pudiera leerse como una broma gastada a Carlos Pabón, uno de los seis intelectuales que son entrevistados en la secuencia documental. Pabón afirma en su libro *Nación Postmortem* que la nación puertorriqueña es un cadáver insepulto, un “living dead”.

La nación es un living dead, esto es, un cadáver viviente. Pero es un cadáver exquisito que, vaciado de conflictividad, afianza la representacionalidad del saber-poder de cierta figura intelectual que se ceba de este undead. En Puerto Rico la “nación” vende y vende bien no sólo para el Estado, el capital transnacional y el capital puertorriqueño local, sino también para los intelectuales. (110)

La ficción burlesca de *Seva vive*, inscrita en el imaginario forense del genocidio, pudiera leerse como una parodia de los planteamientos de Pabón. También pudiera leerse como una parodia de la cubierta del libro *Nación Postmortem*, en la que aparece el cadáver de una mujer cocida por el medio, señal de que al cadáver se le ha practicado una autopsia y se le ha “vaciado de conflictividad”. Bromas como las de Pabón, López Nieves y Francisco Serrano, director de *Seva vive*, siempre regresan como un bumerang para mofarse de sus gestores. La cubierta de *Nación Postmortem* confirma que “la nación”, aun después de muerta, “vende”, y que

³¹ La expresión boricua “se gufea a” es equivalente a decir “se burla de” o “se mofa de” tal o cual cosa.

Pabón, autor del libro, irónicamente, “se ceba de este undead” con el que también se “ceba” el relato de *Seva* y, por consiguiente, el de *Seva vive*. Al igual que la parodia de la nación, la parodia del trauma “vende bien”. El registro forense se hace explícito en los planteamientos de Pabón, en la cubierta de *Nación Postmortem* y en la fosa común que motiva el último correo electrónico de López Nieves al final de *Seva vive*. La parodia del trauma a través del registro forense en la película de Serrano sugiere que la burlesca consigna del autor de *Seva* (“Seva vive”) desplaza el “trauma de la literatura” con el 98 del libro a la pantalla grande y al monitor digital. Por un lado, el heroísmo puertorriqueño durante la invasión norteamericana sigue vivito y coleando en la pantalla grande, en forma de osamenta. Igual que ocurre a la Nación Postmortem, el heroísmo boricua afirmado por López Nieves en *Seva vive* es un “living dead”. Por otro lado, el bochorno de afirmar dicho heroísmo a través de la masacre de Seva se inscribe en la espectralidad anónima e impersonal del píxel. Por medio de una ficción creada a través de correos electrónicos, *Seva vive* reinscribe a manera de parodia el “trauma de la literatura” con el 98 en la era digital, pero también reinscribe el bochorno del autor de Seva, Luis López Nieves, quien se esconde en la pantalla de su ordenador para declarar que *Seva vive*.

A la vez que se gufea el “trauma de la literatura” con el 98, *Seva vive* recicla el trauma de Seva y nos revende la masacre ficticia de la comunidad imaginada como si fuera una secuela de la lucha de Vieques contra la marina de guerra de los Estados Unidos. Así como López Nieves sacó partido de los asesinatos del Cerro Maravilla, Francisco Serrano saca partido de la lucha de Vieques, que comenzara en 1999 y culminara en el 2003. En vez de explorar las capas profundas del conflicto cívico-militar tras la salida de la marina de guerra del área este de Puerto Rico, *Seva vive* se contenta con repetir el gesto de López Nieves: sacar ventaja de las injusticias de una época para evidenciar o *gufearse* la masacre ficticia de la comunidad imaginada. En *Seva vive*, la lucha de Vieques es revendida a precio de remate, lo cual añade cierto suspenso farandulero a la lucha social. Creo que la reventa de la lucha de Vieques a precio de remate es lo más vergonzoso de *Seva vive*. Sin embargo, la puesta en escena de la masacre de Seva en este contexto también delataría una melancolía insepulta. La conexión de la lucha de Vieques con el hallazgo de la fosa común en los terrenos de Roosevelt Roads pudiera interpretarse como el síntoma de un duelo imposible: la incapacidad de los medios informativos para asimilar la pérdida del espectacular antagonismo cívico-militar suscitado por la lucha de Vieques. *Seva vive* recurre a la retransmisión de la batalla de Vieques para llenar o *gufearse* la carencia de relatos épicos en el presente.

Seva vive y *Seva* vende porque *Seva* se ceba de su propia ambigüedad, pues ceba a los que sacian su hambre con traumas ajenos y también ceba a quienes sacian su hambre con parodias que reproducen la masacre de la comunidad imaginada en clave de vacilón. Sin embargo, por mucho que quiera convencernos de su puesta al

día con la historia, *Seva vive* atrapado en el vacilón del 98 y en la vergüenza ajena que sienten todos cuando hablan de *Seva*.

DEL “TRAUMA DE LA LITERATURA” AL “RELATO DEL TRAUMA”

Negrón-Muntaner plantea el asunto del 98 como un metarelato del trauma colonial, que ella identifica como “trauma de la literatura”, un metarelato que, como hemos discutido, se consolida y se desarma en las ficciones del 98 (*La llegada*, *Seva* y *Seva vive*). Un énfasis distinto propone Rubén Ríos Ávila cuando insiste en la importancia de releer el trauma colonial: “para desapropiarlo de su lugar en la Historia donde figura como un metarelato ... y devolvérselo al relato, al cuento a través del cual el sujeto intenta sitiar el fondo inarticulable de sus obsesiones” (*La raza cómica* 20). A diferencia de Negrón-Muntaner, Ríos Ávila plantea la posibilidad de releer el 98 como un relato más dentro de la literatura puertorriqueña del trauma colonial. Si las narrativas del 98 resultan insuficientes al momento de comprender la representación literaria del trauma colonial puertorriqueño, tal vez debamos “olvidar el 98”, “la teleología del 98” como propone Carlos Pabón en su libro *Nación Postmortem*: “y quizás mediante ese olvido deliberado podamos desestabilizar y descentrar el metarelato nacional(ista) que arranca del 98, y abrir así la posibilidad de inventar otras miradas más fecundas del presente” (277). Ríos Ávila responde a la propuesta de Pabón del siguiente modo: “[p]odría pensarse que una manera de liberarse de este estigma del trauma del 98 ... es olvidar el tópico, echarlo en el saco de las metáforas fallidas ... Soy de los que piensan lo contrario. Hay que reconsiderar el trauma, devolviéndole el peso de su carga, su densidad hermenéutica...” (*La raza cómica* 19-20). Aunque soy de los que piensan, junto con Pabón y Negrón-Muntaner, que debemos echar el trauma del 98 “en el saco de las metáforas fallidas,” pienso que Ríos Ávila apunta a un problema importante cuando nos invita a “reconsiderar el trauma.” A contrapelo de lo propuesto por Negrón-Muntaner y Pabón, Ríos Ávila plantea que la densidad hermenéutica del trauma no se restituye en el plano del metarelato ni en el de la teleología, sino en un ámbito distinto, en el ámbito del cuento, ese “relato del trauma” que constituye al sujeto colonial. Ríos Ávila entiende que el “relato del trauma” es el coloniaje en todas sus enunciaciones, lo cual abre las vías de interpretación más allá de 98.

[H]ay que insistir en la interpretación de la sujeción colonial como patología. Hay que seguir contemplando a ese infame puertorriqueño dócil, pero no para desmentirlo ni para vengarlo ... Más bien de lo que se trata es de asumir ese carácter inherentemente patológico, traumático, de las relaciones sociales y de la constitución misma de todo sujeto ... El sujeto colonial no es sustancialmente distinto de ningún otro sujeto; lo que sucede es que el coloniaje se convierte para

él en una metáfora rectora, en un síntoma ... [por lo tanto] la situación colonial se le presenta simultáneamente como la escena de intensas angustias y goces. (*La raza cómica* 23)

El “trauma” abre distintos registros de lectura cuando circula en las tramas y argumentaciones de Negrón Muntaner y Ríos Ávila.³² Habría que distinguir entonces entre el “trauma de la literatura” que Negrón-Muntaner asocia al metarelato y las ficciones del 98 (Manrique Cabrera y López Nieves) y “el relato del trauma” colonial que propone Ríos Ávila, que rebasa las coordenadas del metarelato y las ficciones del 98. El “relato del trauma” propuesto por Ríos Ávila plantea múltiples posibilidades para leer al sujeto colonial boricua en la literatura—dentro y fuera de las coordenadas del 98—, entre las que se incluyen, como negarlo, aquellas figuraciones textuales que manifiestan el bochorno y la vergüenza ante la situación colonial en la que emerge la identidad nacional puertorriqueña. Sin embargo, contrario al énfasis que Negrón-Muntaner da al bochorno como tropo constitutivo de la identidad nacional puertorriqueña, quisiera leer el bochorno de otra manera, leerlo como una figuración que se inscribe en el imaginario corporal del sujeto colonial y que se manifiesta como una proyección traumática en el texto literario. En otras palabras, el bochorno no sería la manifestación *performativa* de una identidad nacional, sino que figuraría como la pantalla de un sujeto colonial que ha transformado su cuerpo en un relato. El “relato del trauma” nos permitiría re-leer la vergüenza del sujeto colonial a lo largo de mutaciones discursivas e institucionales que desbordan la fijación con el 98 y la desestabilizan.

“COMO UN PUÑO”: FIGURACIONES DE LA VERGÜENZA EN LOS RELATOS SOBRE RECLUTAS, SOLDADOS Y VETERANOS PUERTORRIQUEÑOS DEL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

La imposición del orden colonial norteamericano en Puerto Rico no se consumó en el año 1898. Fue un complejo proceso de transformaciones institucionales que alimentó las esperanzas y desilusiones de la población de la isla. Una de las mayores transformaciones ocurridas en la isla después del 1898 fue la concesión de la ciudadanía norteamericana a los puertorriqueños a través de la ley Jones.³³ La firma de la ley Jones en 1917 coincidió con la imposición en la isla del servicio selectivo, lo cual obligó a muchos puertorriqueños a inscribirse en el registro militar del ejército de los Estados Unidos.³⁴ También, entre los años 1920 y 1950,

³² Para una definición conceptual del trauma, véase de LaCapra (8-10); y de Felman y Laub (69).

³³ La ley Jones es discutida por Trías Monge (77-86).

³⁴ La persecución contra los puertorriqueños que se resistieron a participar en el servicio selectivo es discutida por José (Ché) Paralitici en su ensayo “Imprisonment and Colonial Domination: 1898-1958” publicado en *Puerto Rico Under Colonial Rule* (67-80).

la ampliación de las operaciones del ejército norteamericano en la isla se lograba con el establecimiento de numerosas facilidades militares, con lo cual Estados Unidos dio continuidad al programa de España, que consistiera en transformar la isla en un bastión militar del imperio.³⁵ Pero como he señalado anteriormente, con la participación masiva de los puertorriqueños en la Guerra de Corea entre 1950 y 1953 se da un giro importante: el interés biopolítico por la militarización de la población puertorriqueña se suma al interés estratégico y geopolítico. Ya este giro biopolítico hacia la militarización había sido preparado por la incorporación de los puertorriqueños al servicio selectivo en 1917 y la participación del regimiento puertorriqueño 65 de Infantería en la segunda guerra mundial.³⁶ La puesta en escena de una militarización masiva, que comenzó con la guerra de Corea, ha continuado en conflictos como la guerra de Vietnam de 1964-1975, la guerra del Golfo Pérsico de 1991 y la guerra de Irak que comenzó en el año 2003.

Creo que los relatos del trauma que manifiestan de modo más intenso la vergüenza del sujeto colonial son los cuentos sobre reclutas, soldados y veteranos puertorriqueños que tienen que bregar dentro del ejército de los Estados Unidos. Me refiero a los cuentos de José Luis González y Emilio Díaz Valcárcel, dos escritores de la generación del 50 cuyos cuentos no creo que todavía hayan sido leídos en relación a las hermenéuticas del trauma propuestas por Negrón-Muntaner y Ríos Ávila. Tanto las ficciones del 98 como las ficciones de soldados y reclutas puertorriqueños que participan en el ejército de los Estados Unidos plantean la representación del choque de los puertorriqueños con las fuerzas militares norteamericanas. Pero los cuentos de reclutas y soldados de González y Díaz Valcárcel caracterizan otra época en las relaciones de los puertorriqueños con las fuerzas militares norteamericanas en la isla. Contrario a las narrativas del 98, que plantean la figura del soldado americano como fuerza invasora con la que se colabora o a la que se resiste voluntariamente, los cuentos de González y Díaz Valcárcel plantean el trauma del sujeto colonial que es obligado a unirse al ejército norteamericano y seguir las órdenes militares de sus superiores. Por lo tanto, las dinámicas de colaboración y resistencia ya no se dan en el terreno de la voluntad individual o colectiva –como sucediera en el 98–, sino al interior de la rígida disciplina militar del ejército de los Estados Unidos. La manifestación de la vergüenza del sujeto colonial en los cuentos “Proceso en diciembre” y “El sapo en el espejo”, ambos de Emilio Díaz Valcárcel, y “Una caja

³⁵ Aunque polémica, la idea de Juan Bosch en torno al desarrollo del Caribe como frontera imperial da cuenta del cambio de imperios, aquel suscitado por la derrota de España en la Guerra Hispanoamericana y el interés de los Estados Unidos por establecer su hegemonía en el Caribe. Véase Bosch.

³⁶ Recomiendo *The Borinqueneers*, sobre el regimiento 65 de Infantería, un documental que explora las desigualdades sociales y biopolíticas producidas por la incorporación de los puertorriqueños a las fuerzas armadas norteamericanas.

de plomo que no se podía abrir”, de José Luis González, adquiere otros matices que desplazan, desestabilizan o rompen con las coordenadas del “trauma de la literatura” que se plantea a partir del 98.

“Proceso en diciembre”, escrito por Emilio Díaz Valcárcel en el año 1959, cuenta la historia de un soldado puertorriqueño que participa en la Guerra de Corea y es obligado, al igual que sus compañeros, a afeitarse el bigote. Después de una larga lucha en la que el soldado boricua desafía con su bigote los rostros afeitados de sus superiores puertorriqueños y norteamericanos, el soldado bigotudo finalmente cede y se afeita, ante la presión y las amenazas de cárcel. En el momento de su rendición final, el soldado declara:

Contemplé mi rostro, desencajado y pálido, en el espejito ... De un golpe eché abajo un lado del bigote. Me observé un momento, y entonces la cabeza del viejo apareció en el espejito y advirtió que me restaba un minuto. Concluí la operación lo mejor que pude, y cuando me contemplé para ver el resultado final, la vergüenza me golpeó el rostro como un puño. (“Proceso” 123)

El “trauma de la literatura”, el metarelato del 98, se genera con el dato de que los puertorriqueños no resistieron la invasión de su territorio sino que colaboraron con las fuerzas invasoras norteamericanas. Como ha señalado Negrón-Muntaner, la falta de una resistencia armada durante la invasión del territorio puertorriqueño en el 98 queda luego incorporada a las representaciones del cuerpo a través del metarelato del trauma, que también señala el momento en que la población puertorriqueña quedó racializada como “no blanca” (*Boricua Pop* 13-15).³⁷ En otras palabras, los letrados hispanófilos (desde Pedreira a Manrique Cabrera) transformaron la invasión del territorio en una invasión del cuerpo, de ahí que el “trauma de la literatura” con el 98 sea el metarelato que articule los pesares políticos y raciales del corpus hispanófilo de la literatura puertorriqueña. Aunque el “relato del trauma” colonial del soldado puertorriqueño en “Proceso de diciembre” se plantea desde la invasión del cuerpo, me parece que el texto desplaza las coordenadas discursivas del “trauma de la literatura” con el 98, que establece una equivalencia entre la invasión del territorio y la invasión del cuerpo. Tal desplazamiento ocurre porque la invasión del cuerpo del soldado boricua en “Proceso en diciembre” no coincide con la invasión del territorio nacional ni con la defensa de la pureza racial hispánica. El relato del trauma del sujeto colonial en “Proceso en diciembre” toma lugar en Corea, fuera del territorio nacional. El sujeto opta por la salida bochornosa de afeitarse el bigote para no caer preso, pues no quiere perder la oportunidad de encontrarse por última

³⁷ Sobre la racialización de los puertorriqueños por parte de la administración norteamericana, véase Santiago-Valles.

vez con Katsuko, su amante japonesa. De este modo, el choque del sujeto colonial puertorriqueño con las fuerzas militares norteamericanas se desplaza fuera de la coordenada territorial y corporal del 98. La vergüenza se desplaza a otra superficie, una superficie desterritorializada: el cuerpo colonizado, racionalizado, reificado,³⁸ dividido y fragmentado del soldado puertorriqueño; un cuerpo traumatizado, pero no por la invasión del territorio nacional, sino por la Guerra de Corea y la disciplina militar del ejército de los Estados Unidos. La angustia del sujeto colonial se manifiesta en el texto como una desmembración corporal: las extremidades fragmentadas del soldado proyectan un combate imaginario contra el mismo cuerpo del que forman parte. El soldado, atacado por sus afectos, lucha contra sí mismo: “la vergüenza me golpeó el rostro como un puño” (123). El golpe de la vergüenza expresa un abismo insalvable entre el cuerpo y sus afectos. La desmembración del cuerpo, proyectada en la expulsión violenta del afecto, asume un carácter sadomasoquista.

Esa desmembración corporal asume un tono más trágico en “El sapo en el espejo”, un cuento escrito por Díaz Valcárcel en el año 1957. “El sapo en el espejo” es el “relato del trauma” de un veterano puertorriqueño de la Guerra de Corea, un hombre mutilado que sufre ante el espejo, al verse sin sus dos piernas y teniendo que lidiar con la impotencia sexual, razones por las cuales el protagonista es rechazado por su esposa. Al final del relato la esposa es convencida por el veterano a tener relaciones sexuales con él: “Tienes razón. No tienes la culpa de que existan las guerras” (“El sapo” 86). Pero la “guerra simbólica” de este veterano –que no es la del 98–, ante su mayor enemigo, el espejo, lo ha hundido en un resentimiento feroz que culmina en la animalización: “Entonces él no pudo resistir por más tiempo la angustia que comenzaba a paralizarle cada nervio, cada músculo, y saltó dos veces hacia el frente, croando” (“El sapo” 87). La desmembración corporal producto de la guerra ha sido naturalizada en la fantástica metamorfosis del sujeto en sapo. El veterano asume la mutilación de su cuerpo desde una nueva unidad orgánica, el sapo, pero dicha unidad orgánica es de naturaleza inhumana. Es por ello que “El sapo en el espejo” se presta para dos lecturas. Por un lado, “El sapo en el espejo” puede leerse como una distorsión en la que la víctima se auto-castiga por el carácter inhumano de la guerra, borrando así la responsabilidad histórica de quienes iniciaron el conflicto

³⁸ Lukács discute los conceptos de la reificación y racionalización en su libro *History and Class Consciousness* (83-98). Lukács define la racionalización como “the progressive elimination of the qualitative, human and individual attributes of the worker”: “this fragmentation of the object of production necessarily entails the fragmentation of its subject. In consequence of the rationalization of the work-process the human qualities and idiosyncracies of the worker appear increasingly as mere sources of error when contrasted with these abstract special laws functioning according to rational predictions” (88). No sólo el bigote es una fuente de error, también lo es la vergüenza que ataca al sujeto “como un puño”. Pero ese error refleja la fragmentación sufrida por el sujeto colonizado expuesto al proceso de producción de la guerra.

violento. Por otro lado, el final del cuento puede leerse como una perversión que permite al sujeto irse a la fuga y re-elaborar la imagen de su cuerpo mutilado en el terreno de la fantasía sexual.

Los cuentos de soldados y veteranos puertorriqueños de la Guerra de Corea escritos por Díaz Valcárcel aportaron una nueva visión sobre las repercusiones del orden colonial norteamericano en Puerto Rico pues hicieron legible el (des) encuentro de los puertorriqueños con las fuerzas militares de los Estados Unidos.³⁹ Las narraciones de Díaz Valcárcel proyectan los procesos mentales de los soldados y veteranos boricuas en la pantalla de un cuerpo fragmentado por procesos de racionalización, un cuerpo cuya reificación muestra los efectos traumáticos de la disciplina militar (“Proceso en diciembre”) y el horror de la guerra inscrita en la mutilación corporal (“El sapo en el espejo”). Estos relatos del trauma colonial presentan dos modos de asumir el cuerpo: la angustia provocada por la disciplina militar y el goce sexual accesible a pesar de la mutilación corporal.

Aunque el bochorno de los soldados y veteranos puertorriqueños en las ficciones de Díaz Valcárcel desborda las coordenadas del 98, su figuración parece coincidir con un aspecto que Negrón-Muntaner asocia al “trauma de la literatura” y al metarelato del 98: la figuración de la identidad nacional puertorriqueña como una masculinidad que, por haber sido lastimada y castrada en los procesos coloniales, debe recuperar su virilidad a toda costa, a cualquier precio. En su reflexión final, el narrador de “Proceso en diciembre” declara lo siguiente:

Me acaricié el labio y sentí en las yemas de los dedos el roce de los pelos tronchados. Una idea me golpeó de momento: era como un hombre castrado; como yo, todos aquellos muchachos habían sido castrados. No quise pensar más en ello. (“Proceso” 125)

Si el bigote había sido el elemento que distinguía al soldado boricua de los demás soldados y marcaba su individualidad, la pérdida del bigote obliga al sujeto a reconocerse dentro de un grupo que se define por la carencia, es por ello que el soldado asocia su bigote perdido con la falta del falo. Pero el soldado boricua en “Proceso en diciembre” transforma su masculinidad lastimada y castrada en pulsión agresiva, pulsión que dirige a su esposa norteamericana, quien pasa a representar las fuerzas invasoras del cuerpo cuando el soldado se reterritorializa en la isla: “[a] mi llegada a mi país habría ya cumplido el tiempo necesario para exigir el divorcio ... y entonces despediría a Marjorie tal vez con una zurra” (126). Lamentablemente, la

³⁹ Para una genealogía de las figuras del soldado y el veterano en los cuentos de Díaz Valcárcel véase Acevedo, “Prólogo: Los cuentos de Emilio Díaz Valcárcel” en Emilio Díaz Valcárcel, *Cuentos Completos* (17-31).

fantasía machista del narrador de “Proceso en diciembre” consiste en desquitar con su mujer norteamericana el odio que siente hacia las fuerzas invasoras de su cuerpo, fuerzas que él mismo no había podido resistir y ante las cuales se siente impotente.⁴⁰ Aunque “Proceso en diciembre” desplaza la coordenada territorial-corporal del “trauma de la literatura” que se vincula con el 98, el “relato del trauma” del sujeto colonial sigue apoyándose en uno de los fantasmas más poderosos del metarelato del 98: el fantasma del hombre castrado. Dicho fantasma evade la confrontación con el orden colonial norteamericano y transfiere su desprecio a quienes él imagina como sujetos más débiles para así ocultar su bochorno, recuperar su virilidad y declarar su hegemonía.⁴¹

Me parece que “Una caja de plomo que no se podía abrir,” “relato del trauma” colonial escrito por José Luis González, plantea una ruptura importante con el machismo inherente tanto en el metarelato del 98 —el “trauma de la literatura”— como en el “relato del trauma” de Emilio Díaz Valcárcel. La angustia del narrador del cuento de González nada tiene que ver con la vergüenza de las élites criollas puertorriqueñas, con el trauma de no poder reconocer, de tener que ocultar, su falta de heroicidad y su racialización durante el “evento cumbre” del 98. Tampoco tiene que ver con el intento de vengar la masculinidad lastimada del soldado boricua que regresara humillado de la Guerra de Corea. “Una caja de plomo que no se podía abrir” fue escrito en 1952, el mismo año de la fundación del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, una nueva fórmula de estatus político concedida a la isla por el Congreso de los Estados Unidos. Si bien es cierto que el ELA permitió a los puertorriqueños la elaboración de su propia constitución política, también es cierto que el ELA dejó irresuelto el problema colonial de la isla.⁴² El narrador anónimo del cuento de González relata los pormenores del velorio de su vecino Moncho, cuyos restos llegan de la Guerra de Corea en una pequeña caja de plomo que no se podía abrir. La madre de Moncho entra en un estado de histeria cuando los militares que le entregan los restos de su hijo le dicen que la caja está sellada: “¡Moncho! ¡Moncho!, hijo mío, nadie va a enterrarte sin que yo te vea” (“Una caja” 199). Como ha señalado Guillermo B. Irizarry, “[l]a agenda de la nación colonizadora se impone en el proletariado y lo lleva a la muerte ... La caja de

⁴⁰ El hecho de que la potencia sexual del soldado puertorriqueño sea simbólicamente restituida por Katsuko, su amante japonesa, podría leerse como una suerte de impulso orientalista, vinculado a la explotación exoticista del referente asiático. Véase Said.

⁴¹ Además de “The Trauma of Literature, the Shame of Identity”, véase la discusión sobre el rol de la literatura en René Marqués elaborada por Negrón Muntaner en “Weighing in Theory” 17-8. También recomiendo el libro de Gelpí.

⁴² Aparte de la cita de Díaz Quiñones sobre el ELA, incluida en la nota 4 de este ensayo, sugiero de César J. Ayala y Rafael Bernabe, “Chapter 8: The Birth of the Estado Libre Asociado” en *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898* (162-178).

plomo cosifica la opresión del proletariado y el referente histórico apunta hacia una problemática internacional que inscribe una subalternidad global” (*José Luis González* 77). A la cosificación de la opresión se suma la cosificación de la muerte por las condiciones del viaje desde Corea. La guerra es un viaje a la muerte ya racionalizado, reificado, en la misma fabricación de la caja: “Es de plomo, señora. Las hacen así para que resistan mejor el viaje por mar desde Corea” (“Una caja” 198). La insensibilidad del teniente del ejército de los Estados Unidos se revela en sus explicaciones, en las que asume la caída del soldado puertorriqueño desde una perspectiva que racionaliza sin problemas la producción de la muerte: “Seguramente ya había muerto hacía bastante tiempo. Así sucede en la guerra, ¿ve?” (198). Pero, contrario a lo que supone el teniente, los horrores de la guerra no se pueden ver, están sellados en “una caja de plomo que no se podía abrir”.⁴³

La escena del velorio, una emblemática escena fundacional de la identidad puertorriqueña⁴⁴, resulta traumática para la madre de Moncho pues aquello no es un velorio. Moncho no es un muerto que se pueda velar, sino un fantasma engavetado en una caja de plomo. La escena inscribe el trauma de una comunidad colonizada en el marco de las relaciones de poder con el orden militar norteamericano. El hecho de que los militares y civiles en el relato sean puertorriqueños, plantea la posibilidad de leer el cuento como la manifestación de una comunidad fracturada por las dinámicas institucionales de la colonización. Dichas dinámicas reproducen la dualidad del colonizador y el colonizado, al interior mismo del grupo oprimido, como un choque entre civiles y militares.

El velorio también sirve de escenario para la inscripción de un sujeto colonial traumatizado por los efectos de la guerra.

No me da vergüenza decirlo: o me sentaba o tenía que salir de la pieza. Yo no sé si a alguno de ustedes le ha pasado eso alguna vez. No, no era miedo, porque ningún peligro me amenazaba en aquel momento. Pero yo sentía el estómago duro y apretado como un puño, y las piernas como si súbitamente se me hubiesen vuelto trazo. Si a alguno de ustedes le ha pasado eso alguna vez, sabrá lo que quiero decir. Y si no... bueno, si no, ojalá que no le pase nunca. O por lo menos que le pase donde la gente no se dé cuenta. (“Una caja” 199)

⁴³ En referencia a este texto de González, Díaz Quiñones señala lo siguiente: “En la literatura puertorriqueña quizás no haya mejor ejemplo de la importancia de los títulos que en el singular e iluminador *incipit* del cuento de José Luis González, ‘Una caja de plomo que no se podía abrir,’ una caja tan opaca como las asimétricas relaciones que definen el mundo colonial, título en el que se insinúa la sospecha de que sólo la ficción puede empezar a abrirla” *Sobre los principios* (42).

⁴⁴ La pintura “El velorio” (1893) de Francisco Oller ha sido explorada como escena fundacional de la identidad puertorriqueña en varios ensayos y obras plásticas recientes. Véase de Ríos Ávila, “El velorio” en *La raza cómica* (43-63) y de Rodríguez Juliá, “Puerto Rico y el Caribe” en *Caribeños* (3-20).

Al narrador no le da vergüenza relatar la sensación que le provoca el velorio de Moncho y declara que “eso” que ha sentido nada tiene que ver con el miedo. Pero si “eso” que ha sentido el narrador no es una manifestación de su miedo, ¿por qué entonces le advierte a sus interlocutores que de ocurrirle a ellos lo que a él le ha pasado, procuren “que le pase donde la gente no sé de cuenta”? ¿Por qué el narrador tiene que insistir que lo que dice no le da vergüenza y que lo que ha sentido no es una manifestación de su miedo? ¿Será que el narrador se abochorna de admitir que tiene miedo, o será que le da miedo admitir su vergüenza? Pero el relato del trauma en “Una caja de plomo que no se podía abrir” continúa y el sujeto colonial apunta hacia el “fondo inarticulable de sus obsesiones” (Ríos Ávila, *La raza cómica* 20).

A mí no se me había ocurrido contarlo hasta ahora. Es posible que alguien se pregunte por qué lo cuento al fin. Yo diré que esta mañana vino el cartero al ranchón. No tuve que pedirle ayuda a nadie para leer lo que me trajo, porque yo sé mi poco de inglés. Era el aviso de reclutamiento militar. (200)

El final abierto plantea un desafío ético al lector. ¿Cómo imaginar el porvenir de ese cuerpo que, al ser reclutado para la guerra –pero antes de convertirse en carne de cañón–, deja escapar una voz de alerta, una voz que urgentemente revela las injusticias del sistema colonial en la isla y del abuso militar norteamericano en el planeta? ¿Podrá el narrador escapar del círculo vicioso de la disciplina militar impuesta por el orden colonial norteamericano en la isla: la opresión, la guerra y la muerte? El rol de las fuerzas militares norteamericanas en el relato consiste en distribuir el mensaje de la muerte a través de dos vías: la caja de plomo que no se podía abrir y el aviso de reclutamiento militar. Es por ello que el narrador, al recibir el mensaje sellado de la muerte, manifiesta la angustia que produce el horror oculto de una guerra muy concreta en la que él está obligado a participar.

Tanto la vergüenza como el miedo se inscriben en el relato del trauma de este sujeto colonial como una negación. La manifestación del contenido que ha sido negado coincide con la figuración de un afecto que transforma el estómago en algo “duro y apretado” y que se apalabra “como un puño.” Es interesante considerar que la reacción del narrador a la muerte de Moncho en el cuento de González es un símil que dialoga con otro símil que ya consideramos en nuestra lectura de “Proceso en diciembre”: “la vergüenza me golpeó el rostro *como un puño*” (123). La vergüenza y el miedo que agreden “como un puño” los cuerpos de reclutas y soldados puertorriqueños intimidados por las fuerzas militares norteamericanas son representaciones del golpe del progreso: el acelerado embate del desarrollismo y la modernización colonial. “Como un puño” manifiesta la violencia oculta en la

Operación Manos a la Obra, el modelo de desarrollo económico del Estado Libre Asociado de Puerto Rico que operó bajo las presiones del complejo militar-industrial norteamericano.⁴⁵

“LAS MANOS EN LA CARA:” LA FIGURACIÓN DE LA VERGÜENZA EN USMAÍL

La figura del soldado puertorriqueño desterritorializado en la Guerra de Corea contrasta con la figura del civil viequense que enfrentó la invasión de su territorio por parte de la marina de guerra de los Estados Unidos en las décadas de 1940 y 1950. Comparemos la figuración de la vergüenza en “Proceso de diciembre” (“la vergüenza ... como un puño”) con la figuración de la vergüenza en *Usmaíl* (“las manos en la cara”). *Usmaíl*, novela de Pedro Juan Soto publicada en 1959, explora los efectos del complejo militar-industrial norteamericano en Vieques, Puerto Rico, desde la perspectiva de la población civil. La novela narra la transformación del territorio viequense por el establecimiento de dos grandes instalaciones militares de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. La reterritorialización de la isla de Vieques impuesta por la lógica militar norteamericana se narra en *Usmaíl* como un doble proceso fronterizo: la pérdida de las antiguas fronteras y el establecimiento de nuevas fronteras a los dos extremos del territorio civil. Históricamente, el territorio de Vieques quedó dividido en tres zonas: dos zonas militares y una zona civil en medio de estas. Pero el establecimiento de fronteras territoriales no pudo detener la onda expansiva e imperialista de las fuerzas militares norteamericanas

⁴⁵ La Operación Manos a la Obra fue una estrategia de industrialización acelerada impulsada después de la Segunda Guerra Mundial por Luis Muñoz Marín y el Partido Popular Democrático. Luis Muñoz Marín fue el primer gobernador electo de Puerto Rico en 1948 y su mandato se extendió hasta 1964. Fue el fundador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico en 1952. Sobre Muñoz Marín y la Operación Manos a la Obra, César J. Ayala y Rafael Bernabe señalan lo siguiente: “Muñoz Marín ... abandoned the objective of political independence, arguing that access to the North American market was the key for Puerto Rico’s future development. [...] Cumulative changes in economic orientation finally reached a defining moment with the passage by insular legislature of the Industrial Incentive Act of 1947 (Law 346 of May 12). The measure granted private firms exemption from insular income, property, and other taxes and the payment of fees for licenses until 1957. Since U.S. corporations operating in Puerto Rico paid no federal income taxes, this offered them an almost tax-free environment. Moreover, federal minimum wages were laws were not automatically applicable to the island. Instead, minimum wages on the island were fixed on an industry-to-industry basis and revised periodically. In the 1940s, wages on the island were considered lower than in the United States. Tax exemptions, lower wages, and open access to the U.S. market became the three pillars of the new industrialization project. [...] In the 1950, the Puerto Rico Development Company was made part of the Economic Development Administration, popularly known as Fomento, which was put in charge of promoting the new development strategy. That strategy was given the name Operación Manos a la Obra and, in English, Operation Bootstraps” *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898* (189-90). Véase también a Grosfoguel, *Colonial Subjects* (108).

radicadas en Vieques, que frecuentemente cruzaron a la zona civil y abusaron de su población. Por lo tanto, el proceso fronterizo provocado por la reterritorialización militar de la isla de Vieques tuvo un tercer aspecto de índole social que es narrado en la novela de Soto: la pérdida de las fronteras intersubjetivas provocada por los abusos militares hacia los civiles. Es por ello que el impacto del complejo militar-industrial norteamericano, que llega “como un puño” y golpea la autoestima de los reclutas y soldados puertorriqueños expuestos a su control, se manifiesta en Usmaíl a través de otra imagen que denuncia la angustia causada por los abusos de la militarización imperialista en la isla de Vieques:

Un intento de justicia, dos intentos, veinte mil intentos eran, habían sido, nada. Y nada la opresión, el saqueo, el ultraje, que obligan a uno a llevarse las manos a la cara para protegerse de los golpes. Otras manos quitan las de uno y proceden a limpiarse el sucio en esa misma cara, a regar su sadismo por toda ella, a pasar y repasar la injuria de unos dedos blandos ... Y cuando esas manos por fin se retiran, y esperan, uno alza las suyas sólo para defraudar: porque no las obliga a agredir: simplemente las adhiere de nuevo a la cara, las encoge un poco para esconder el bochorno, y ruega para que las manos ajenas no regresen y la misma cara no se caiga de vergüenza. (*Usmaíl* 251-252)

La pasividad de las manos que se ponen en la cara “para esconder el bochorno” contrasta con la irrupción agresiva de la vergüenza “como un puño” en las ficciones discutidas anteriormente. Usmaíl no es agredido por la vergüenza, como sucede al soldado que combate contra sí mismo en “Proceso en diciembre”, sino que busca ocultar su bochorno ante la posibilidad de ser agredido por “la injuria de unos dedos blandos,” por las bofetadas de los marinos abusadores que, eventualmente, se tornarán agresivos contra él. El golpe de la vergüenza que lastima el ego del soldado puertorriqueño en “Proceso en diciembre” opera como una fantasía sadomasoquista originada en la proyección del cuerpo dividido del sujeto colonial, al éste quedar expuesto a la violencia institucional de la disciplina militar norteamericana. En cambio, las manos en la cara de Usmaíl sugieren un doble gesto: por un lado, el intento de recuperar la frontera perdida y, por otro, la angustia que sufre el sujeto colonial cuando, al no poder librarse de los abusos de la fuerza militar invasora, se ve obligado a reconocer que –junto con la frontera territorial– también ha perdido la frontera intersubjetiva que garantizaba un mínimo de respeto entre la población militar y la civil. La vergüenza que golpea “como un puño” todavía goza del plus del espacio intersubjetivo, pero el gesto de Usmaíl para evitar que “la misma cara no se caiga de vergüenza” metaforiza el repliegue del sujeto ante la pérdida de sus fronteras intersubjetivas. En otras palabras, Usmaíl ha perdido sus fronteras ante la proximidad del otro agresor y esto implica también la desaparición del espacio intersubjetivo en la fantasía del sujeto. Es por ello que Soto utiliza una metáfora

para condensar la vergüenza de Usmaíl. Contrario a la vergüenza del soldado –alucinación proyectada en el espacio intersubjetivo “como un puño,” símil que revela la distancia que separa al soldado de su cuerpo y sus afectos–, “las manos en la cara” de Usmaíl condensan en una metáfora varios impulsos: primero, la búsqueda de las fronteras perdidas y la imposibilidad de recuperarlas; segundo, la represión del instinto violento del colonizado; y tercero, la internalización de la vergüenza que sufre el sujeto civil expuesto a los abusos militares que no pueden vengar. Tras descubrir que su cuerpo está totalmente expuesto a las consecuencias nefastas de la reterritorialización impuesta por la lógica militar norteamericana, Usmaíl internaliza la vergüenza en su cara. La vergüenza deja de ser golpe “como un puño” y se convierte en la máscara del sujeto colonial. Usmaíl no intenta quitarse la máscara de la vergüenza con “las manos en la cara” precisamente porque “las manos en la cara” se confunden con la máscara de la vergüenza constitutiva del sujeto colonial. Es por ello que “la vergüenza” aparece como en un baile de máscaras ocultas debajo de otras máscaras que no se pueden quitar.⁴⁶ Aun la misma máscara que busca “esconder el bochorno” (des)enmascara una frontera bochornosa: “las manos en la cara”.

La vergüenza de Usmaíl tiene que ver más con la llegada de la Marina de Guerra de los Estados Unidos a Vieques en 1941 que con la llegada del ejército norteamericano a Puerto Rico en 1898. Como ha insistido Victor Simpson en su ensayo “Usmaíl–The struggle for Self-Discovery” este pasaje es muy importante para la lectura de la novela: “Soto mentions that he had initially planned to entitle the novel ‘Las Manos en la Cara’, reflecting his concern about both the aggression perpetrated against the people of Vieques by the Americans and also the reaction of pain, shame and restraint felt by the people”.⁴⁷ En la página final de la novela, Usmaíl culmina “Con las manos en la cara” puesto que sus manos han sido excluidas de la “Operación Manos a la Obra”, y no pueden ser incorporadas al metarelato triunfalista del desarrollo económico y la modernización colonial de la era muñocista. Fue en la era muñocista cuando más se aplaudió la incorporación de los puertorriqueños a las filas del ejército de los Estados Unidos y el desarrollo del complejo militar-industrial norteamericano en Aguadilla, Ceiba, Vieques y Culebra. Ante los aplausos que provocara la Operación Manos a la Obra, Usmaíl culmina su viaje al progreso –desde Vieques hasta San Juan– “Con las manos en la cara” (*Usmaíl* 316).

⁴⁶ Soto sugiere este juego de máscaras en *Usmaíl* a través de los numerosos nombres que asume el protagonista a lo largo de la novela. Cada uno de los nombres de Usmaíl (Griffin, Correo, meiquito, Babyface, John Doe, etc.) sugiere transformaciones y capas de sentido que al acumularse llegan a agobiar la estabilidad mental del personaje, pero al final Usmaíl descubre su “verdadero” nombre: Negro.

⁴⁷ Véase Simpson (58).

A MODO DE CONCLUSIÓN

En un primer registro, las figuraciones de la vergüenza en los relatos sobre la presencia militar norteamericana en Puerto Rico, incluyendo las narraciones del 98, son reelaboraciones literarias que plantean el malestar del sujeto colonial ante la mirada del otro colonizador. En ese sentido, los relatos del trauma colonial –referentes a un soldado boricua en la Guerra de Corea o a un habitante de Vieques que sufre los efectos de la militarización de su isla– comparten el afecto que constituye al sujeto en las narraciones que plantean el “trauma de la literatura” con el 98: la vergüenza y el bochorno. También, las narraciones de Díaz Valcárcel y Soto comparten con las narraciones del 98 la asociación de la vergüenza con una masculinidad lastimada que busca recuperar su virilidad desplazando su coraje contra quienes considera más débiles.⁴⁸

Sin embargo, en un segundo registro, las figuraciones de la vergüenza en los relatos sobre la presencia militar norteamericana en Puerto Rico arman de modo diverso experiencias históricas distintas que no pueden consolidarse bajo la consigna del “trauma de la literatura” con el 98. “Una caja de plomo que no se podía abrir” y “Proceso en diciembre” narran las experiencias de los puertorriqueños que fueron reclutados o participaron en el ejército de Estados Unidos durante la Guerra de Corea. Ambas ficciones elaboran el relato del trauma colonial a partir

⁴⁸ El machismo de *Usmaíl* se hace patente cuando éste, después de haber sido agredido por los marinos en Vieques, se desquita la agresión sufrida con Cisa, su mujer. Véase *Usmaíl*, 275-280. Más que un ajuste simbólico para salvar la masculinidad lastimada –como ocurre con el soldado en el cuento de Díaz Valcárcel–, creo que a Soto le interesa mostrar el círculo vicioso por el cual la violencia contra el colonizado es reproducida por el mismo colonizado contra otros miembros de su grupo. En relación a esto, Soto comenta lo siguiente en una entrevista: “To start with, you have a colonial system that pushes you into killing yourself ... you kill your brother ... And that’s the arrangement that you work out for them. I’m against that kind of violence, but we faced constantly. We’ve faced it since 1898, after the [U.S.] occupation. We faced it before, during the occupation of Spain. Since 1898 it’s been the same old thing. Nothing changes, it’s monotonous” (“Pedro Juan Soto: Concomitantes” 11-12). Tengo que admitir que mi lectura de *Usmaíl* está en pugna con la visión monótona que plantea Soto en esta entrevista, en la que el autor privilegia el 1898 como uno de los eventos que desencadenan el trauma colonial. La monótona visión de Soto demuestra que la fijación con el 98 opera aún en escritores cuyas obras desestabilizan el 98 como punto de partida del trauma colonial. Considero, por otra parte, que hacer una lectura de la obra de Soto basada en la fijación del autor con el 98 no le hace justicia a las sugerentes líneas de lectura que su obra propone. Aunque no comparto la periodización propuesta por Soto ni su visión de que el trauma colonial puertorriqueño ha sido el mismo y se repite desde el 98, sí comparto la visión de Soto sobre el mundo colonial tal como se expone en este texto y en sus novelas: un mundo en el que los oprimidos llegan a reproducir el mismo tipo de violencia que les oprime, violencia que desatan contra otros oprimidos. Véase Márquez, “Pedro Juan Soto: Concomitantes (1984 Interview with participation by George Lamming and Lowell Fiet)” (3-17).

de un sujeto expuesto a la fragmentación del cuerpo, producto de los procesos de racionalización de la disciplina militar. En cambio, *Usmaíl* narra la expansión del complejo militar-industrial en el territorio viequense y el impacto violento que tuvo el choque de civiles y militares durante este proceso. El contraste que existe entre ambos procesos históricos constituye al sujeto colonial de modo distinto, y esa diferencia se manifiesta cuando el relato del trauma es reelaborado en la literatura. Aunque la vergüenza está presente en todos los textos que plantean el choque de los puertorriqueños con las fuerzas militares norteamericanas, y es, junto con el miedo, uno de los tropos dominantes que constituyen al sujeto colonizado en la literatura, la vergüenza de unos no es la vergüenza de los otros. Eso explica el porqué Díaz Valcárcel y Soto seleccionen figuras distintas para manifestar la vergüenza que siente el sujeto colonial puertorriqueño ante las fuerzas militares norteamericanas. Emilio Díaz Valcárcel imagina la vergüenza “como un puño”, símil que expresa la desmembración del cuerpo del soldado, mientras que Soto imagina la vergüenza de Usmaíl con la metáfora de “las manos en la cara”, metáfora que condensa la pérdida de fronteras territoriales e intersubjetivas que sufrió el viequense frente a la Marina de Guerra de los Estados Unidos. Por lo tanto, no sólo habría que distinguir entre el “trauma de la literatura” planteado por Negrón-Muntaner desde el metarelato del 98, y el “relato del trauma” colonial expuesto por Ríos Ávila; además, habría que analizar los diversos modos en que se construye “el relato del trauma” colonial a través de las fisuras abiertas por las (con)figuraciones literarias de la vergüenza.

En un tercer registro, tendríamos que señalar que la vergüenza del sujeto, según se desprende del estudio de los relatos del trauma colonial puertorriqueño, no sólo estaría provocada por la mirada del otro colonizador. Las figuraciones de la vergüenza también estarían motivadas por las dinámicas de colonialismo interno que existieron y existen entre las élites criollas y los grupos subalternos de la población colonizada. La asociación de las manos con la vergüenza no responde a una selección arbitraria ni inocente del símbolo en la reelaboración literaria del trauma colonial. Como hemos observado anteriormente, tanto el símil “como un puño” como la metáfora “con las manos en la cara” son reelaboraciones literarias que distorsionan la consigna desarrollista del gobierno colonial de Luis Muñoz Marín: “la Operación Manos a la Obra”. “Como un puño” simboliza el golpe del progreso que recibe el soldado puertorriqueño que participa en la Guerra de Corea, mientras que “las manos en la cara” de Usmaíl son las manos no incorporadas, las excluidas de la “Operación Manos a la Obra”. El “relato del trauma” colonial revela nuevas dimensiones cuando descubrimos que las figuraciones de la vergüenza son distorsiones traumáticas de la “Operación Manos a la Obra”. La vergüenza del sujeto –y el relato literario de su trauma colonial–, surgiría al éste descubrir la complicidad de las élites criollas de la colonia con el proyecto colonial de los

norteamericanos, proyecto que, si bien iba cumpliendo su misión civilizadora, no por ello dejaba de oprimir a las masas subalternas.

Sin embargo, no podemos olvidar un detalle crucial, y es que tanto Emilio Díaz Valcárcel como Pedro Juan Soto fueron escritores que participaron en la División de Educación a la Comunidad, el proyecto educativo oficial del mismo gobierno colonial que impulsaba la Operación Manos a la Obra. Por lo tanto, en un cuarto registro –abierto por la biografía de los escritores– las figuraciones de la vergüenza pueden leerse como proyecciones del trauma colonial del escritor moderno puertorriqueño, quien ocupó una posición ambigua de cara a la modernidad y al desarrollismo colonial. Los cuentos de Díaz Valcárcel y Soto generaron una conciencia crítica de la Operación Manos a la Obra, misión civilizadora borincana y norteamericana que encubría los aspectos más violentos de la modernidad colonial de la era muñocista. Pero ambos escritores, en sus labores profesionales dentro de la División de Educación a la Comunidad, quedaron incorporados a la misma misión civilizadora que tanto criticaron. Es por ello que la figuración de la vergüenza, en este cuarto registro, también pudiera leerse como el desplazamiento al terreno literario del trauma colonial del escritor puertorriqueño, quien, en sus ficciones, tal vez proyectara el bochorno causado por una profesionalización tutelada desde el estado colonial. Desde esta perspectiva, las figuraciones de la vergüenza serían distorsiones traumáticas del propio bochorno del escritor moderno puertorriqueño, cuya profesionalización dependiera de su incorporación a la misión civilizadora norteamericana que tanto combatiera y desenmascarara en sus escritos.

Es cierto que en los relatos del trauma colonial los escritores desplazan su bochorno a un personaje subalterno. Pero sería desafortunado equiparar la operación de Díaz Valcárcel y Soto con el desplazamiento de la debilidad y la vergüenza de las élites criollas a los grupos subalternos, tal como sucede en los textos de otros escritores puertorriqueños, entre ellos, Manuel Zeno Gandía, Antonio S. Pedreira y René Marqués. Entre las décadas de 1930 y 1950, las capas intelectuales puertorriqueñas se dieron a la tarea de representar a las capas marginadas de la sociedad, pero también hicieron lo posible por no confundirse con ellas. En cambio, Díaz Valcárcel se hizo escritor después de haber regresado de la Guerra de Corea, en la que participó como soldado. Fue su contacto directo con la guerra lo que hizo a Díaz Valcárcel tener una perspectiva especial y autorizada de las consecuencias del conflicto, y no la perspectiva de alguien que escribía del conflicto desde afuera, perspectiva también muy válida, pero distinta, como lo muestran varios cuentos de José Luis González. Por su parte, Pedro Juan Soto era hijo de viequenses. La perspectiva de sus padres, quienes, como muchos viequenses, transformaron las fronteras perdidas en la oportunidad de migrar a la isla grande, permitió a Soto explorar las consecuencias insospechadas de la presencia militar norteamericana

en Puerto Rico: la explotación de los viequenses por parte del gobierno colonial de Luis Muñoz Marín. En vez de leer la figuración de la vergüenza, como el desplazamiento del bochorno del escritor a un personaje subalterno, pudiéramos leer dichas figuraciones en un quinto registro también abierto por la biografía de los autores, como síntomas de las tensas negociaciones, afiliaciones y desidentificaciones que llevan a cabo los intelectuales que acceden al complejo proceso de movilidad social propiciado por el desarrollismo y la modernidad colonial puertorriqueña. Como espero haber comprobado, las figuraciones de la vergüenza en los relatos del trauma colonial escritos por Soto y Díaz Valcárcel plantean cinco registros de lectura que, a su vez, exponen las tensiones y fisuras socio-culturales producidas por la presencia militar norteamericana en Puerto Rico.

Desarmar metarelatos fundacionales, señalando los efectos estructurales que los sostienen, es una operación crucial de la crítica cultural, siempre y cuando no se condene toda una producción literaria a ser la mueca fallida y abyecta de los mitos del origen. Es por ello que la estructura del metaretrato, por persistente que sea, tiene que ser confrontada con la contingencia misma de lo literario: la lectura y reescritura de los clásicos. Ante diversas contingencias históricas, la lectura y el análisis de la literatura sirven para reescribir diversas (con)figuraciones de la contingencia. He insistido en analizar atentamente las (con)figuraciones de la vergüenza en los relatos del trauma colonial asociados al impacto de la presencia militar norteamericana en Puerto Rico porque su estudio revela contingencias distintas que desbordan el metaretrato del 98 –el trauma de la élite hispanófila ante la invasión norteamericana de Puerto Rico que luego se convierte en “trauma de la literatura” según lo ha planteado Negrón-Muntaner. En síntesis, quisiera volver a recalcar que, al menos en lo referente a la literatura puertorriqueña, no todos los bohornos son iguales, lo cual amplía las posibilidades del paradigma elaborado por Negrón-Muntaner, quien define el bochorno como un tropo constitutivo de la identidad nacional/colonial boricua. Espero con ello haber contribuido a la catalogación de los múltiples bohornos del sujeto colonial puertorriqueño desde una lectura contingente del “relato del trauma” colonial que desestabilice el “trauma de la literatura” visto desde el metaretrato del 98.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta-Lespier, Ivonne. *La Mordaza: Puerto Rico 1948-1957*. Río Piedras: Editorial Edil, 1987.
- . *La palabra como delito. Los discursos por los que condenaron a Pedro Albizu Campos*. San Juan: Editorial Cultural, 1993.
- Aguirre, Benigno y Eduardo Espina, eds. *Los últimos días del comienzo: Ensayos Sobre la Guerra Hispano-Cubana-Estadounidense*. Santiago de Chile: RiL Editores, 2000.
- Álvarez Curbelo, Silvia. “El centro de todo: consumo, arquitectura, ciudad”. *San Juan siempre nuevo: Arquitectura y modernización en el siglo XX*. Enrique Vivoni Farage, ed. San Juan: AACUPR, 2000. 226-275.
- . “Las lecciones de la guerra: Luis Muñoz Marín y la Segunda Guerra Mundial”. *Luis Muñoz Marín: ensayos del centenario*. Fernando Picó, ed. San Juan: Fundación Luis Muñoz Marín, 1999. 31-63.
- . “La bandera en la colina: Luis Muñoz Marín en los tiempos de la guerra de Corea”. *Luis Muñoz Marín: perfiles de su gobernación*. Fernando Picó, ed. San Juan: Fundación Luis Muñoz Marín, 2003. 1-20.
- . “Sangre colonial: La Guerra de Corea y los soldados puertorriqueños”. *Caribbean Studies* 36/1 (2008): 218-23.
- Ayala, César J. y Bernabe, Rafael. *Puerto Rico in the American Century: A History since 1898*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 2007.
- Benítez, Marimar. “Neurotic Imperatives: Contemporary Art from Puerto Rico”. *Art Journal* 57/4 (1998): 74-85.
- . “Arte y política: El caso de Carlos Irizarry”. *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe* 1 (1986): 86-90.
- Benjamin, Walter. *Discursos Interrumpidos*. Buenos Aires: Taurus, 1989.
- Bosch, Juan. *De Cristobal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*. Barcelona: Ediciones Alfaguara, 1970.
- Bosque Pérez, Ramón y José Javier Colón Moreira, eds. *Puerto Rico Under Colonial Rule: Political Persecution and the Quest for Human Rights*. Albany: SUNY UP, 2006.
- Coulter-Smith, Graham y Maurice Owen, eds. *Art in the Age of Terrorism*. London: Paul Hoberson, 2005.
- Cuadernos del 1898*. (I/1-3 y II/4-6). San Juan: Editorial El Antillano, 2003-2007.
- Dávila, Arlene. *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*. Philadelphia: Temple UP, 1997.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *La memoria rota*. San Juan: Ediciones Huracán, 1993.

- _____. *El Arte de Bregar*. San Juan: Ediciones Callejón, 2000.
- _____. *Sobre los principios: Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2006.
- Díaz-Royo, Antonio T. *Martorell: La aventura de la creación*. San Juan: EDUPR, 2008.
- Díaz Valcárcel, Emilio. *Cuentos Completos*. Guaynabo: Alfaguara/Editorial Santillana, 2002.
- Duany, Jorge. *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 2002.
- Duchesne, Juan. "Vieques Protest as a Consensual Spectacle". *None of the Above: Puerto Ricans in the Global Era*. Frances Negrón-Muntaner, ed. New York: Palgrave, 2008.
- Duno-Gottberg, Luis, ed. *Miradas al margen: Cine y subalternidad en América Latina y el Caribe*. Caracas: Fundación Cinemateca Nacional, 2009. 395-419.
- Escobar, Elizam. *Los ensayos del artificiero: más allá de lo político-directo y el post-modernismo (1983-1993)*. San Juan: Sopa de Letras e Isla Negra, 1999.
- _____. *Cuadernos de cárcel*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2006.
- Estades Font, María Eugenia. *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico: 1898-1918*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988.
- Fabián Maldonado, Ana M. *Vieques en mi memoria: Testimonios de vida*. San Juan: Ediciones Puerto, 2003.
- Félix, José, José López, Alejandro Luis Molina, Jan Susler y Norma Torres, eds. *Sin espacio suficiente*. Chicago: Red Nacional Boricua Pro Derechos Humanos, 2006.
- Felman, Shoshana y Laub, Dori. *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*. London: Routledge, 1992.
- Figueroa Soulet, Noemi, dir. *The Borinqueneers: A Documentary on the All-Puerto Rican 65th Infantry Regiment*. El Pozo Productions, 2006.
- Flores, Juan. *Divided Border: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press, 1997.
- _____. *From Bomba to Hip Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*. New York: Columbia UP, 2000.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Horacio Pons, trad. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- García Muñiz, Humberto y Gloria Vega Rodríguez. *La ayuda militar como negocio: Estados Unidos y el Caribe*. San Juan: Ediciones Callejón, 2002.
- _____. "U.S. Military Installations in Puerto Rico: Controlling the Caribbean". *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*. Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, eds. Boston: South End Press, 1993. 53-65.

- _____. y Jorge Rodríguez Beruff, ed. *Fronteras en conflicto: guerra contra las drogas, militarización y democracia en el Caribe, Puerto Rico y Vieques*. San Juan: Red Caribeña de Geopolítica, 1999.
- Gaztambide-Geigel, Antonio, Juan González-Mendoza y Mario R. Cancel, eds. *Cien años de Sociedad: los 98 del Gran Caribe*. San Juan: Ediciones Callejón, 2000.
- Gelpí, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Editorial Universidad de Puerto Rico, 1993.
- Gil, Carlos. "Artist, Writer, and Political Prisoner: Interview with Elizam Escobar". *The Puerto Rican Movement: Voices from the Diaspora*. Andrés Torres y José E. Velázquez, ed. Philadelphia: Temple UP, 1998. 228-245.
- González, José Luis. *La llegada (Crónica con ficción)*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1997.
- _____. "Una caja de plomo que no se podía abrir". *Cuentos Completos*. Ciudad de México: Alfaguara, 1997. 194-200.
- Grosfoguel, Ramón. *Colonial Subjects: Puerto Ricans in a Global Perspective*. Berkeley: U of California P, 2003.
- Irizarry, Guillermo B. *José Luis González: El intelectual nómada*. San Juan: Ediciones Callejón, 2006.
- LaCapra, Dominick. *History and Memory After Auschwitz*. Ithaca: Cornell UP, 1998.
- Lentricchia, Frank y Jody McAuliffe. *Crimes of Art + Terror*. Chicago: U of Chicago Press, 2003.
- Leyte, Arturo. *El Arte, el terror y la muerte*. Madrid: Abada Editores, 2006.
- López Nieves, Luis. *Seva: Historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*. San Juan: Editorial Cordillera, 1997.
- López Rivera, Óscar y Carlos Alberto Torres. *Sin espacio suficiente*. José Félix, José López, Alejandro Luis Molina, Jan Susler y Norma Torres, eds. Chicago: Red Nacional Boricua Pro Derechos Humanos, 2006.
- Lukács, Georg. *History and Class Consciousness*. Cambridge: MIT Press, 1971.
- Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la Literatura Puertorriqueña*. Río Piedras: Editorial Cultural, 1982.
- Márquez, Rosa Luisa. "Pedro Juan Soto: Concomitances (1984 Interview with participation by George Lamming and Lowell Fiet)". *Sargasso* 1 (2002): 3-17.
- Martínez-San Miguel, Yolanda. "Visualizaciones de la identidad nacional desde la migración: las fotografías de Jack y Pablo Delano". *Caribe Two Ways: Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*. San Juan: Ediciones Callejón, 2003. 98.

- McCaffrey, Katherine T. *Military Power and Popular Protest: The U.S. Navy in Vieques Puerto Rico*. New Brunswick: Rutgers UP, 2002.
- Meléndez, José (Che). *Dobles de Elizam Escobar*. San Juan: Libros Libres, 2004.
- Meléndez López, Arturo. *La Batalla de Vieques*. Río Piedras: Edil, 2000.
- Negrón-Muntaner, Frances. *Boricua Pop: Puerto Ricans and the Latinization of American Culture*. New York: New York UP, 2004.
- Ortiz Negrón, Laura L. y Carlos J. Guilbe López. *Arcadas de las estaciones 20-21: Visiones de los centros comerciales en Puerto Rico*. DVD, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, 2005.
- Otero Garabís, Juan. *Nación y ritmo: “descargas” desde el Caribe*. San Juan: Ediciones Callejón, 2000.
- Pabón, Carlos. *Nación Postmortem: Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. San Juan: Ediciones Callejón, 2002.
- Paralítici, José (Ché). *Sentencia Impuesta: Cien años de encarcelamientos por la independencia de Puerto Rico*. San Juan: Ediciones Puerto, 2003.
- Pascual Morán, Anaida. *Acción civil no violenta: fuerza de espíritu, fuerza de paz*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas, 2003.
- Pérez Viera, Edgardo, ed. *Victoria de un pueblo: Crónica del Grito de Vieques*. San Juan: Editorial Cultural, 2002.
- Picó, Fernando. *1898: La guerra después de la guerra*. Río Piedras: Huracán, 1988.
- Quintero Herencia, Juan Carlos. *La máquina de la salsa: Tránsitos de sabor*. San Juan: Ediciones Vértigo, 2005.
- Quintero Rivera, Ángel. *Salsa, sabor y control: Sociología de la música tropical*. México: Siglo XXI, 1998.
- Ríos Ávila, Rubén. *La raza cómica: del sujeto en Puerto Rico*. San Juan: Ediciones Callejón, 2002.
- Rodríguez, Harry. “Los procesos judiciales incoados contra Pedro Albizu Campos”. *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*, 215-226.
- Rodríguez, Juan Carlos. “Mutaciones del ciudadano insano: construcción biopolítica del miedo en los procesos de comunicación urbana”. *Miradas al margen: Cine y subalternidad en América Latina y el Caribe*. Luis Duno-Gottberg, ed. Caracas: Fundación Cinemateca Nacional, 2009. 395-419.
- Rodríguez Beruff, Jorge. *Política militar y dominación: Puerto Rico en el contexto Latinoamericano*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988.
- Rodríguez Fraticelli, Carlos. “Pedro Albizu Campos: estrategias de lucha y lucha estratégicas”. *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu*

- Campos*. Juan Manuel Carrión, Teresa C. García y Carlos Rodríguez Fraticelli, eds. San Juan: Editorial Universidad de Puerto Rico, 1993. 121-138.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. "Puerto Rico y el Caribe". *Caribeños*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2003. 3-20.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Pantheon Books, 1978.
- Salgado, César. "El entierro de González: con(tra)figuraciones del 98 en la narrativa ochentista puertorriqueña". *Revista Iberoamericana* LXIV/184-185 (1998): 413-439.
- Sanes, Norma. *Y sueño con ser poeta*. Vieques: Edición de autor, 2000.
- Santiago-Valles, Kelvin. "*Subject people*" and colonial discourses: economic transformation and social disorder in Puerto Rico, 1898-1947. Albany: SUNY Press, 1994.
- Serrano, Fernando, dir. *Seva vive*. Cine con ñ, 2008.
- Simpson, Víctor. *Colonialism and Narrative in Puerto Rico: A Study of Characterization in the Novels of Pedro Juan Soto*. Bern: Peter Lang, 2004.
- Soto, Pedro Juan. *Usmaíl*. San Juan: Editorial Cultural, 2003.
- Sotomayor, Áurea María. "Apuntes de un cronista: *La llegada*". *Hilo de Aracne: literatura puertorriqueña hoy*. San Juan: Editorial Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Sued, Gazir, ed. *Vieques: Crónicas desde la desobediencia*. San Juan: La Grieta, 2001.
- Susler, Jan. "Puerto Rican Political Prisoners in U.S. Prisons". *Puerto Rico Under Colonial Rule*, 119-138.
- Torres, Benjamin. *El proceso judicial contra Pedro Albizu Campos en 1936*. San Juan: Editorial Gelofe, 1974.
- Trías Monge, José. *Puerto Rico: The Trials of the Oldest Colony in the World*. New Haven: Yale UP, 1997.
- Villegas, Tere. *Taso, un pedazo de Vieques*. Caguas: edición de autor, 2001.